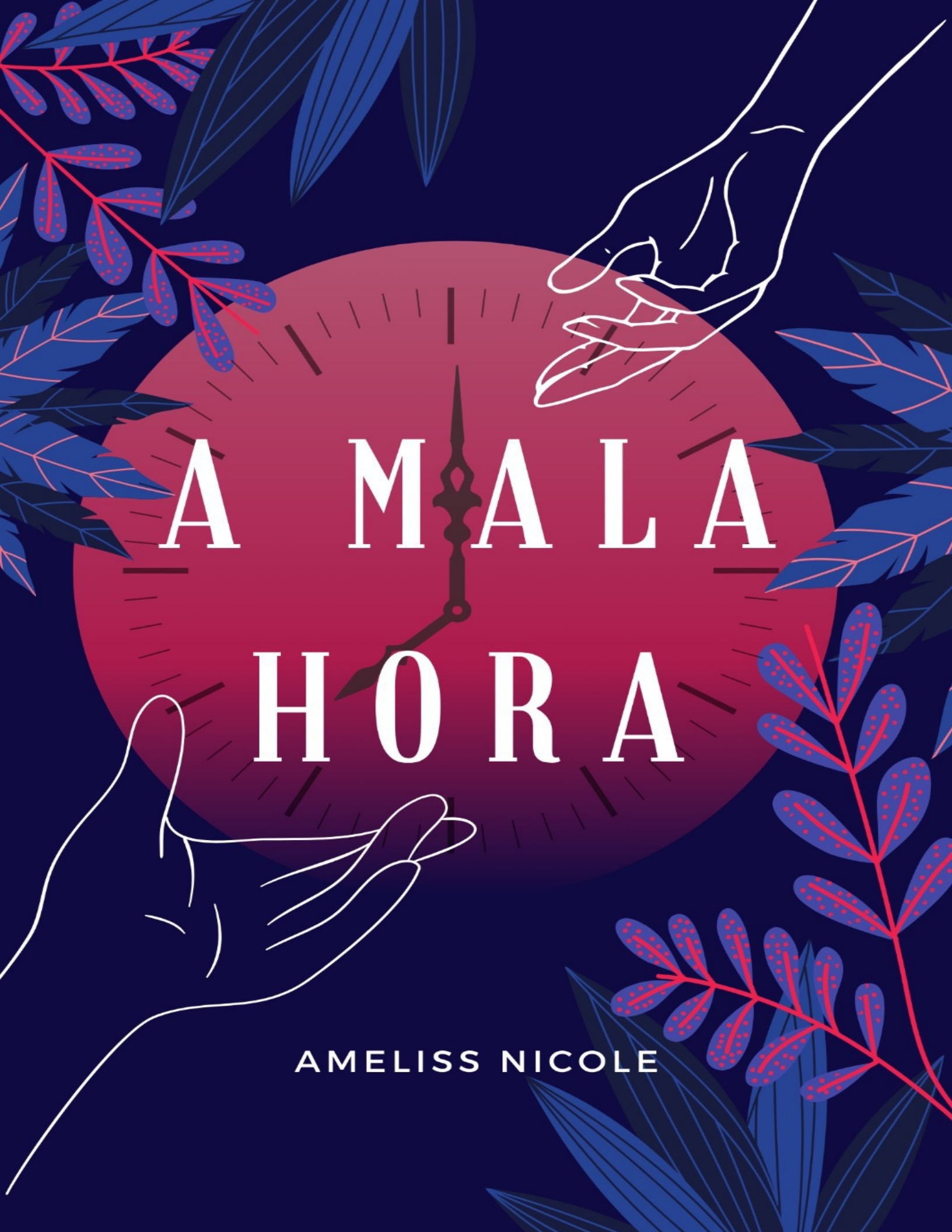




# A MALA HORA

AMELISS NICOLE

# A MALA HORA

Copyright © 2024 Ameliss Nicole  
All rights reserved.

*Para todas las directioners que seguimos esperando el regreso de la banda.*

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

## Prólogo

Desde pequeña soñaba con el amor verdadero, un príncipe azul que me rescata de las tinieblas y que me trajera paz, amor, una familia y un final feliz.

Quisiera decir que eso solo fue una fase, pero, a mis 25 años de edad, sigo enamorada del amor. Algo que debería ser casi imposible considerando que mis padres se divorciaron cuando tenía cinco años, nunca he tenido una relación estable y todas las veces que llega alguien a mi vida, termino con otra decepción. Gran parte de la razón por la que escribo mayormente sobre el romance es ese, para poder vivir lo que nunca he tenido. Por eso me mudé a Londres, para perseguir mis sueños, para enamorarme como en las películas y conseguir mi *felices para siempre*.

Pero, el universo nunca conspiró a mi favor. Llevo pagando el karma de los hombres de mi familia desde que nací.

Luego de cinco años aquí y dos novelas semi

exitosas, quebré. No solo monetariamente, sino que en lo espiritual y mental. Se suponía que para esta fecha ya estuviese comenzando mi tercera novela, pero abuela murió, y con ella, la última esperanza que me quedaba de ser algo feliz.

Luego de su funeral volví a Londres, donde me enteré de que uno, mi apartamento se había inundado y no quedaba ni una pizca de lo que yo había construido y dos, que la editorial no quería seguir trabajando conmigo porque, “mis novelas no dan la talla que ellos buscaban”.

Ahora, en el asiento del avión con destino a Nueva York, me regreso a la casa que era de mi abuela. Tal vez, si me hubiese ido a Puerto Rico a estudiar medicina como mami y papi me decían, no estaría en este revolú de mala muerte. Pero claro, ¡Amara quería ver el mundo, y quería escribir del amor!

“Pendeja”.

Esto no significa que me daré por vencida. Primero, abuela revive para matarme y luego ella irse de nuevo con Diosito. Simplemente, que me tomaré un *break*. No creo que en Nueva York yo logré ser firmada en un dos por tres, pero tal vez puedo hacer algo divertido. Quizas puedo ser barista por un tiempo, trabajar como *stripper*, o en un museo. Al fin y al cabo, esto puede funcionar como investigación para mis novelas futuras.

Desde aquí, la puesta del sol se ve hermosa. Los colores naranja y rosa casi prometen un nuevo mañana y si fuese tan religiosa como mis tías y mis abuelas, pensaría que el de allá arriba me está prometiendo una nueva oportunidad de vida. A veces, podría jurar que abuela está todo el tiempo conmigo, y si cierro los ojos la puedo imaginar sentada a mi lado, hablándome de todas las cosas que haríamos hoy cuando llegáramos a la casa.

Las llaves de la casa que me dio asilo en mis tiempos de universidad me miran a

los ojos, coqueteando con la idea de no utilizarlas y tomar otro avión. Abuela me duró solo tres años después de graduarme del bachillerato. No me vio casada, pero tampoco me vio sin un peso en el bolsillo.

Dejé salir un suspiro que llevaba atorado en la garganta y volví a enfocar la mirada en los asientos delanteros. Un muchacho, más o menos de mi edad, salía del baño y frotaba sus manos en su pantalón. Tenía varios tatuajes en sus brazos y su ropa gritaba: *"Old money, babe"*.

"Quién sabe, tal vez me consigo uno".

# Capítulo 1

AMARA

—¡Me cago en la madre que me vuelva a parir! —gruñí mientras trataba de que mi carro encendiera.

Hoy se cumplen tres meses de vivir aquí y cuando por fin las cosas comienzan a acomodarse, el universo me recuerda porque nunca seré su favorita. Hace un mes bajé una de esas aplicaciones de citas y mi mejor amiga se dio a la tarea de crearme el mejor perfil de la historia, según ella.

Me convenció con la labia monga de utilizarlo como investigación para mi próxima novela, una *rom-com* con *dating apps*. Claro, como ella está casada y no tiene que pasar por esto.

Luego de negarme, le di un *chance*, y entablé una conversación con un jugador de baloncesto profesional, no tan conocido.

“Quise volver a mis raíces, que les puedo decir”.

—Carajo, no me hagas esto ahora —murmuré dándole algunos cantazos al guía. Sería el colmo que hoy tenga que llegar tarde.

Seguí dándole mientras trataba de encender el carro hasta que escuché el quejido y luego el motor. “Puñeta, ¡eso es!”, suspiré, dejando caer mis manos en mis muslos y sonriendo satisfactoriamente.

“Amara, uno, el Universo... Mil”.

Dejé que la música de *Queen*, sonara como parte del *background* mientras corrían por mi cabeza los ochocientos escenarios imposibles que podrían ocurrir hoy. Tal vez, me robaría un beso o iremos a comer en un lugar exótico.

¿Si le hago preguntas incómodas, sabrá contestarlas? Me cuestioné todo lo cuestionable y hasta lo inimaginable. ¿Y si me deja plantada qué? Qué carajos voy a hacer.

Rápidamente, los rascacielos comenzaron a aparecer y la congestión vehicular a hacerse más insoportable.

—Me va a matar —dije en voz alta mientras miraba mi GPS. Llegué treinta minutos tarde. Obviamente, tuve que dejar mi carro en un *valet parking*. El sitio era sofisticado.

Estábamos en Manhattan, el lugar tenía una vista espectacular de la ciudad. Mientras el anfitrión me llevaba a mi asiento, pude apreciar a todos los hombres en sus ropas de domingo, con sus parejas espectaculares, lujosas. Podría distinguir rápidamente quiénes estaban allí por dinero y a quienes les interesaba la persona frente a ellos. Muchas tenían una sonrisa falsa.

Nuestra mesa estaba escondida de todos, la luz era tenue, y desde aquí, nadie nos podría escuchar. Pase dos horas mirando por la ventana, con una sola copa de vino, cuando llego el mensaje de que no vendría porque tenía otra cita.

Típico de los hombres, pero sigue rompiéndome el corazón cada vez que me ocurre. Me tragué el último sorbo que quedaba del vino, y me dirigí hacia el mostrador para pagar. Las lágrimas querían escaparse, pero ni loca dejaría que me vieran llorar por un baloncelista. Ya de por sí es un bochorno que me dejen plantada.

—¿Cuánto es por el vino? —pregunté. La cajera sonrió apenada y sacudió la cabeza.

—No tienes que pagar nada.

—¿Cómo que no? Bastante caro que es ese vino. No me cojas pena.

—No... Tranquila, no es pena. Está pago —dijo mirando hacia el hombre sentado en la barra, con un *whiskey* en la mano.

Tenía su mirada en mí cuando me volteé a verlo. Hasta sentado cualquiera se daría cuenta de lo enorme y hermoso que es. Traía su cabello, un poco largo y ondulado, y vestía una chaqueta negra, con unos pantalones ajustados. Movié un lado de sus labios en lo que pude interpretar como una sonrisa y continué leyendo los papeles en su mano.

“Diosito, ¿por qué él no pudo ser mi cita? A ese sí, me lo hubiera llevado a casa sin problemas”.

—Oh... Bueno, dile que gracias —contesté cuando por fin salí de mi trance.

Me fui de allí más rápido que si hubiese visto a mi abuela. Si no estuviese alcoholizada, de seguro hubiera podido jurar que el galán me había perseguido con la mirada, pero lo dudo.

## Capítulo 2

### AMARA

Dejé que el despertador continuara sonando.

Le había dado al botón de *snooze*, varias veces. El sueño, me consumía y la plantada que me habían dado anoche aún me pesaba.

“Al menos me pagaron la copa de vino, tampoco me fue tan mal”, pensé.

Lo raro de anoche fue que luego de llegar a la casa de mi abuela, continué pensando en el hombre de la barra.

¿Por qué Dios no tiene una máquina para crear parejas? Sería bueno poder hacer uno así, con el físico del hombre de anoche, su forma de vestir, los tatuajes del que salía del baño cuando llegué a Nueva York, la voz de Harry Styles, los ojos de Niall Horan, el acento de Tom

Hiddleston y definitivamente una personalidad de hombre hecho por una escritora para una novela de romance. Pero, esas cosas no existen.

Decidí de una vez y por todas abrir los ojos. No estaba tarde para comenzar mi día, al contrario. Esta era la octava vez que sonaba mi alarma. Lo que significa que me quedan alrededor de dos horas para llegar a mi destino. Lo tengo casi todo fríamente calculado.

Nunca me doy el lujo de llegar tarde a ningún lado, pero sé que a veces puedo ser vaga, así que mi móvil tiene diferentes alarmas para avisarme cuánto tiempo he perdido en mi cama sin hacerme llegar tarde.

Soy una genio.

Me puse de pie y contemplé cuán necesario era hacer mi cama. Total, vuelvo para aquí en algunas horas y lo único que haré es acostarme a dormir...

“Amara. No seas perezosa y haz tu cama”, juro, pude oír a mi madre pelearme. Si me enfocaba lo suficiente podía ver a mi madre parada en la puerta de mi cuarto de adolescencia, la mano en su cintura y una ceja levantada.

“Gracias Dios que ya no vivo con ella”.

Terminé recogéndola. No porque mi madre se había entrometido en mi cabeza, para nada.

Me metí a la ducha, mientras escuchaba un poco de música. Normalmente, podría crear cualquier escenario en mi cabeza en estos momentos. Usualmente, le diría a *siri* que anotara las ideas que iban fluyendo. Si la idea era demasiado buena como para dejarla perder, corría hacia mi escritorio empapando el piso, para apuntarla.

Pero llevo meses sin poder pensar en algo que valga la pena. Como todos los días desde que llegue aquí, me la pasé mirando a la pared con losas rosita, que necesitaba una remodelación, y peleé con la manija de la ducha para que por fin saliera el agua caliente.

Gracias al universo decidí mudarme en verano, porque si no, ya me hubiese muerto de hipotermia... Bueno, quién sabe, tal vez eso sería una mejor opción.

Amaré la toalla alrededor de mi cuerpo, tomé mi teléfono y le envié un mensaje a mi mejor amiga.

***ELI***

**Amara: Cariño mío, ya mismo salgo para la entrevista. Deséame suerte, xoxo. Tu futura profesora favorita**

**Eli: Uyy, la profesora Amara Victoria. Le dije a Milán que tenemos que ir a verte este fin de semana. ¡Así que has compra!**

Sonreí tan pronto me llegó el mensaje. La única ventaja de vivir en Nueva York es que podía verla a ella y a Milán cuando me diera la gana. Eli y yo estudiamos juntas hasta que me gradué de la Universidad. Ella se quedó en Nueva York porque estaba lista para formar una familia con

Milán, a quien conoció gracias a mí, y yo me fui a Londres.

Me visitaban tanto como podían, pero ahora casi no salen de mi casa. Milán decía que era porque, como es ingeniero, podía ayudarme a remodelar la casa y Eli decía que es porque prefiere comer aquí. Pero sabemos que no querían que yo estuviese sola, y menos cuando no tenía con qué distraerme ni de qué escribir.

Decidí que para mi entrevista de trabajo iría con un *look* sencillo. Unos pantalones de vestir negros, con un cinturón oscuro, unos tacones cerrados del mismo color, una *graphic tee* que compré antes de huir de Londres y un *blazer* oscuro. Dejé que la mayor parte de mi cabello estuviera suelto, en excepción de dos pedazos al frente que con un *bobby pin* pille hacia atrás.

Me hice un maquillaje sencillo con unos labios *nudes*, tomé mi bolso, las llaves del auto de Eli, quien insistió en que lo usara para no quedarme a pie. Porque, aparentemente, mi carro es casi igual de inservible que mi ex y un paquete de chicles.

Cuando recibí el email de que sería considerada para esta posición, hice una búsqueda en Google para ver qué café me quedaría más cercano a la universidad y sorpresivamente para nadie era un Starbucks en el campus.

Aunque al principio me negué a participar del capitalismo, decidí que allí me tomaría un asiento para tratar de escribir algo mientras bebía un café. Quién sabe si ese sea mi lugar habitual, si me escogen.

“Diosito, Abuelitas lindas, universo... que esto sea mío, en lo que por fin puedo volver a escribir”, pensé.

Guie casi una hora antes de llegar a la Universidad. El corazón se aceleraba igual de rápido que la BMW. Todos allí se veían jóvenes, listos para perseguir sus sueños, algunos sé veían en un viaje astral, tal vez por el cansancio, pero muy probablemente por la marijuana que llevaban consumiendo desde que entraron.

Leí varias veces las instrucciones que me habían enviado por email. Tenía que dirigirme al departamento de artes, donde me estaría entrevistando la decana Marcel Johnson. La posición era para ser profesora del primer curso de escritura creativa y si probaba ser lo suficientemente buena podría entonces moverme a dar una clase de mi especialidad.

Cuando llegué, su secretaria me sonrió un poco nerviosa, pero lo ignoré y tomé asiento junto a la ventana. De aquí podía ver lo que ocurría en el centro de estudiante. Hice notas mentales de lo más interesante y de qué cosas podría utilizar para mi próxima novela. Si es que la logró sacar.

—Te dije que no estoy capacitado para hacer esa entrevista, Ariana. Dile a la profesora Marcel que no puedo.

Escuché la voz profunda de un hombre argumentar desde el otro lado de la puerta. La secretaria, quien por la conversación concluyo llama Ariana, suspiro profundamente y le suplicó que por favor me atendiera.

—Es el favor que le debes a Marcel por aquella vez. ¿Recuerdas? Bueno. La voy a pasar, y no

seas grosero con ella.

Ariana abrió la puerta mientras nos hacíamos las tontas. Si ella no decía nada, yo tampoco lo iba a hacer.

—Puedes pasar con el profesor Callahan y perdona los inconvenientes. A la profesora Johnson le surgió un imprevisto —explicó con gentileza.

—No hay problema, ¡gracias!

Me dirigí hacia la puerta que Ariana me había indicado que sería conducida la entrevista. Tomé asiento frente al escritorio vacío. Estiré mis piernas un poco y froté mis manos por mis muslos tratando de calmarme.

“*Todo va a estar bien, Amara*”. Repetí el mantra varias veces hasta que me interrumpió alguien aclarando su garganta.

—Buenos días, señorita Evans. Mi nombre es Oliver Callahan, soy el decano de ciencias de esta Universidad. Estaré conduciendo su entrevista por la señora Johnson —mis ojos se abrieron al escuchar la voz tan grave que salía desde la puerta.

Miré a su dirección y me agarré fuertemente de la silla.

“No”. No puede ser. Dios me odia. El universo me odia. No.

Frente a mí, se paraba el monumento histórico de anoche. Tenía una camisa idéntica a la mía, unos mahones de vestir, unos converse negros y un *flannel* color oscuro.

Lo peor de todo, es que podía jurar que sus tatuajes eran idénticos a los del hombre en el avión de cuando regresaba de Londres.

—Uh, buenos días. Muchas gracias por su tiempo y la oportunidad —tartamudeé.

—Sí, comencemos, tengo una clase en una hora y deseo llegar temprano.

—Sí... okay.

“Abuela, llévame contigo, ¿sí?”.

## Capítulo 3

OLIVER

Toda mi vida odié el momento en una investigación científica en el que encuentras un gran avance, extremadamente grande, pero no es el que deseabas. Es peor. Esa sensación escalofriante cuando sabes que la acabas de joder, que no sabes qué hacer, y que el resultado será catastrófico. Verla llegar se sintió así.

Jamás en mis treinta y cinco años de vida había sentido la necesidad de correr y esconderme por alguna situación.

“¿Qué coños hace ella aquí? Bueno, claramente quiere este trabajo, pendejo”.

La situación en la barra fue solamente una forma de distracción. No pensaba volver a verla cuando le pagué su cuenta, y menos con unos pantalones tan ajustados. La única ventaja de todo esto es que la pelirroja de esa noche por fin tiene nombre: Amara.

De lejos podía notar que todos sus movimientos eran fríamente calculados. ¿Mi hipótesis? Me reconoció; definitivamente tiene buena memoria. Seguramente no esperaba que fuese yo quien la entrevistara. Cuando ves a alguien como yo fuera del ambiente laboral, normalmente no piensan que tengo un trabajo tan importante.

En fin, las primeras preguntas fluyeron con facilidad, quería saber más de ella; no porque me interesara, sino que debía conseguir la forma de quitarla de mi mente, además de que estaba en una entrevista de trabajo, así que era lógico hacerle preguntas un poco personales.

Sus contestaciones eran todas acertadas, inteligentes y con un tono un poco pasivo-agresivo. Según ella, se crio en los Estados Unidos; pero su madre es puertorriqueña y recientemente había llegado de Londres, buscando expandir sus horizontes. Había estudiado en La Universidad de Nueva York y quería ser profesora porque siempre le había llamado la atención enseñar y es una experiencia laboral que la ayudará con sus escritos.

—¿Por qué un profesor de ciencias me está entrevistando? —interrumpió.

“Ah, la niña salió curiosa”.

—Soy el profesor con mayores cualificaciones de la universidad —Amara soltó una risa; abrió los ojos y cubrió su boca horrorizada.

—¿Conté algún chiste, señorita Evans? —trate de esconder mi tono de asombro, mientras la miraba fijamente, intentando intimidarla.

## **AMARA**

“Definitivamente, este hombre tiene una varilla por él...”.

No cabe duda que lo que tiene de guapo, lo tiene de arrogante. Por un momento dejé que mis hormonas tomaran el control de mi cerebro. Que tiene que ver que sea el profesor más cualificado. No es profesor de escritura.

“Pendejo”.

Su cuerpo estaba reclinado sobre el escritorio, tenía una ceja levantada y los brazos cruzados

frente a su pecho. Si no fuese por lo enojada que me encontraba, hubiese apreciado su físico.

—Déjeme decirle, profesor Callahan, usted será un excelente profesor de ciencia —lo miré de arriba a abajo a propósito para que sintiera mi furia—, pero, dudo mucho que usted esté calificado para entrevistar a una persona para una clase en escritura. Así que, al menos que tenga algo más relevante que decir. Ya no estoy interesada en el puesto y menos, si trabajare cerca de usted.

“¡Ja! Tómame esa”.

Callahan me miró con una sonrisa burlona mientras se ponía de pie, se situó frente a mí, apoyándose del escritorio, colocando las manos entrelazadas frente a su... zíper.

—Antes de que tome una decisión abrupta por el enojo. Debería ver el salario de la posición. Si sigue interesada, llámeme —dejó su tarjeta de presentación sobre mi teléfono, y agarró su bata de laboratorio, dejándome sola en su oficina.

Pasó una semana antes de que me dignara a comunicarme para el puesto. Por obvias razones, no lo había llamado a él; sino que hablé directamente con la profesora encargada de evaluarme.

Lo primero que hizo Marcel Johnson fue pedirme perdón por las actitudes de su colega. Aparentemente, Marcel había tenido una emergencia familiar y le había delegado la tarea al señor arrogante. La posición era para una profesora a tiempo completo para la clase de bachillerato de escritura para los medios de comunicación. La paga, aunque no era fuera de este mundo, era lo suficiente como para poder dejar de vivir de mi mejor amiga. Tendría mi propia oficina y los viernes libres.

Lo que la profesora no sabía era que... no aceptar el trabajo fue solo el resultado de un arrebató de furia. Podrían ofrecerme una miseria y como quiera les iba a decir que sí.

Luego de firmar contrato, Eli y yo decidimos que para celebrar tan hermoso triunfo nos iríamos de compras. Obviamente, yo sería la profesora chévere de la universidad, así que, por obligación, mi vestuario diario debía ser bastante en tendencia.

El tema del día fue Callahan. Le había mencionado a Eli que era un patán. Le dimos gracias a Dios y al universo de que no era parte de mi facultad y después, nos emborrachamos de vino barato.

Mi primer día es hoy. Me levanté extremadamente temprano para poder estar sentada frente a la lápida de mi abuela con una taza de café.

—Señora, sé que esta ruta que estoy tomando en la vida es rara. Pero, guíeme desde allá arriba que me estoy ahogando en un vaso de agua y no sé qué hacer... Pero, tranquila, todos los viernes trataré de escribir algo. No me voy a dar por vencida tan fácilmente, además, tengo que ser la tía millonaria de la familia —sonreí mientras leía su nombre. El viento sopló un poco más fuerte y se me zafó una leve carcajada.

—Sí, si ya la otra se puso celosa. No es mi culpa que estés sepultada en Puerto Rico, mujer. Bueno, me voy que deben pensar que estoy loca.

En el auto decidí poner un poco de música de maleanteo para despertar. Mi padre estaría completamente decepcionado, pero quien lo mandó a irse, tal vez si se hubiese quedado, hubiese heredado sus gustos metaleros.

Llegué a la Universidad dos horas antes de mi clase, me estacioné donde Marcel me recomendó, cerca de la oficina, pero lejos de la muchedumbre. El lugar perfecto para bajar mi ansiedad antes de entrar.

Había optado por algo un poco fuera de mi norma; unos *slacks* color rosa acompañados por una camisa de Harry Styles y un *totebag* con un bordado que leía: “*Treat People With Kidness*”. Marcel me había provisto con los planes del semestre de la profesora que se había ido, mi trabajo era hacer que se cumplieran y mi plan, lograr que mi bloqueo desapareciera para regresar a la cima. Sencillo.

Faltando una hora, tomé mis cosas, y retoqué mi labial mientras me bajaba del carro. En ese instante, escuché un golpe, seguido por un gruñir bastante marcado.

—¡Perdón! No me di cuenta de que pasaba alguien cuando me bajé. ¿Estás bien? —tomé a la persona por brazo, mientras que la víctima de mi torpeza reía ligeramente.

—Claro que el primer día ibas a causar un accidente, Evans. Sí estoy bien.

“¡Puñeta!”.

—Eh... perdón... De verdad no te vi —murmuré. Si este hombre es tan poderoso como dice, estoy fastidiada.

—Mmm, tranquila. Es tu primer día, no te voy a abrir las puertas del infierno, por eso —dijo en tono burlón, estudiando cuidadosamente.

—Jum, ¿te gusta Harry Styles? No pareces el tipo —dijo mientras me pasaba por el lado.

Claramente, Dios me hizo parte de su serie favorita y me tiene a mí como el personaje de punto. Gracias a todas las divinidades esto es solo por un tiempo porque juro que, si las cosas siguen así, voy a terminar odiando a este patán.

# Capítulo 4

## AMARA

Las primeras dos semanas transcurrieron sin ningún problema. Oliver Callahan se apareció una sola vez por mi oficina. Su excusa barata fue que me andaba trayendo café por ser mis primeros días. Por otro lado, mis estudiantes son un “pan de Dios”, listos para aprender y algunos tomaron la decisión de comprar mis libros. En ese pequeño momento de pánico pensé que me criticarían hasta el alma, pero, viéndolo de otro modo, necesito ese dinero.

Eli había pasado a llevarme almuerzo casi todos los días mientras estuve en el campus. Las veces que no pudo, me la pasé en el auto tomando mi café y comenzando a corregir las tareas que empezaban a llegarme. A veces veía Callahan pasar, se comenzaba a dejar la barba un poco más larga, y siempre andaba bien vestido. Su cara no mostraba ni un por ciento de sentimiento. La última vez que lo vi pasar fue hace dos días. Parecía ejecutivo de una empresa millonaria, su traje era negro, su cabello estaba recogido en una cebolla bastante apretada, y por primera vez, en lo poco que llevo aquí, lo vi utilizando anteojos.

Si no supiera lo estúpido que puede llegar a ser, seguramente le hubiese tomado una foto y se la hubiese enviado a Eli, explicándole las mil cosas que dejaría que ese hombre me hiciera.

Ayer, sorprendentemente, me llegó una invitación de parte de Milán y Eli, para una pequeña fiesta en su patio. La barbacoa comenzaría a las tres de la tarde, pero Milán, explícitamente, me pidió llegar antes, ya que quería que conociera a uno de sus compañeros de la Universidad. Según él tenía una empresa de ingeniería, era alguien bastante importante en su mundo y sorprendentemente, era uno de los profesores de mi Universidad. Su razonamiento era presentármelo para que yo conociera a más personas por el área, pero yo conozco a estos dos perversos. Me ven sola y se sienten culpables, así que me buscan alguna cita para que me divierta. Noticia de última hora: nunca ha funcionado.

Hoy me había levantado más temprano de lo normal. Mi cuerpo pedía correr hasta que mis pulmones estuviesen en fuego. Había soñado con mi abuela. Era una niña aún, mis padres estaban recién divorciados, mi madre se había ido a trabajar y mis hermanos estaban durmiendo. Abuelita me había dado un vaso lleno de helado de chocolate, y me abrazaba fuerte, dándome un beso en la cabeza.

Me levanté en pánico a las cinco de la mañana. Tomé los únicos tenis medio funcionales, me cambié a unos pantalones de correr, una camisa grande y agarré mis audífonos. Una ventaja de la casa de mi abuela es que casi no hay vecinos por estar en el campo.

Corrí mientras dejaba que las lágrimas bajaran con toda la libertad del mundo. Cada vez que comenzaba a “sentir” más de la cuenta, aumentaba mi velocidad, usaba el dolor en mis pulmones para olvidarme de mis penas. Pasé árboles y pequeños conejos escondiéndose cuando escuchaban mis pies retumbar con el asfalto. Pensé en la ironía del momento, andaba corriendo para olvidar, cuando el ejercicio para nada es lo mío.

Luego de media hora, llegué a un pequeño lago. Mi pulso estaba elevado, respirar se sentía como tener varios pedazos de vidrio por la garganta y mis piernas casi tocan la grama. Me sujeté de un árbol, dejándome caer sentada lentamente.

Aún sigo sin entender cómo llegué a esto. Según mi psicóloga en Londres estaba comenzando a aceptar todo. Recosté mi cabeza contra el tronco. No tenía a nadie cerca, no había casas ni familias. Dejé que mis pensamientos intrusivos tomaran la rienda del asunto y pegué un grito desde lo más profundo de mi pecho. Todo lo que sentía en ese momento debería desvanecerse. Grité hasta que mi garganta ya no dolía por el ejercicio, sino por todo lo que quería decir y no podía.

Esperé varios minutos, hasta que me equilibrara, y mi respiración regresara. Sacudí mis manos en mi pantalón y comencé a trotar. Las casas a mi alrededor eran más grandes y los adultos ya comenzaban a levantarse. Era sábado, pero muchos tenían mascotas e hijos que atender. Algunos me sonreían al pasar y otros me miraban serios. Probablemente pensando en que me veía desquiciada. Mi cara, seguramente, estaba color tomate y mis piernas a cada rato decidían flaquear.

Llegué a mi casa a eso de las siete de la mañana. Me hice un desayuno; lo de nunca, unos *beagles* con salmón ahumado con un queso crema libre de grasas que había encontrado en el supermercado. Me serví un pequeño plato de frutas y me hice mi café.

La foto de mi familia me sonreía desde la ventana que daba al jardín. Era la única foto que había dejado cuando me mude. En ese momento, éramos felices, antes de la catástrofe, del divorcio y de que la hermana mayor necesitara un psicólogo para toda la vida.

Sacudí mi cabeza, sacándome del trance y caminé hacia mi armario. El conjunto de hoy sería bastante casual, unos pantalones bítanme rasgados con una *graphic tee* que había conseguido en una tienda de segunda mano en Londres. Saqué a un lado mis tenis Nike Dunk rosa chillón y de accesorios unos aretes dorados y unas sortijas de diferentes colores.

Me di un baño tan rápido como pude, ricé mi cabello con la cera que Eli me había obsequiado recientemente y me maquillé usando tonos de rosa en mis labios y mejillas, pero contrastándolo con mi máscara azul. Regué el pequeño cactus que me regalé por unas primeras dos semanas de trabajo hechas con excelencia y tomé rumbo para la casa de mi mejor amiga.

“Señor, ¿y si juegas a mi favor y el tipo es hermoso?”.

Llegando a la casa, mi estómago sintió un vacío profundo. Frente al buzón de mis amigos había una camioneta negra idéntica a la de Callahan.

“Este tipo no me deja quieta ni fuera de horas laborales”, pensé. Seguramente es una coincidencia del universo. Milán me hubiese dicho si él fuese amigo. Hasta lo hubiese conocido ya.

Estacioné mi auto cerca de la salida, por si tenía que correr. Abrí el portón de atrás con sutileza y corrí hacia Eli tan pronto la vi.

—Sabes que eres mi persona favorita, ¿verdad? Hoy tenía cero ganas de salir. —Reí

plantándole un beso en la mejilla.

Eli sonrió girando y dándome un fuerte abrazo.

—Qué bueno que llegaste, Amara Victoria. Te tengo que presentar al amigo de Milán. Solo déjame decirte que es tu tipo —dijo entre risitas, mientras me tomaba de la mano.

Caminamos hacia la barbacoa, Milán me sonrió tan rápido me vio con su esposa. Su amigo me daba la espalda. Su cabello estaba suelto, aún mojado y ondulado, utilizaba una camisilla negra y unos shorts de playa del mismo color, tenía ambos brazos tonificados y completamente tatuados. Por lo que podía apreciar tenía gafas puestas.

“¡*Jackpot!*”.

—Amara Victoria, qué bueno que llegaste, ven. Te presento a uno de mis compañeros de la universidad —exaltó Milán tomándome de la mano y parándome a su lado.

—Amara, este es Oliver. Oliver Callahan, esta es Amara, la mejor amiga de Eli —sonrió Milán señalándome a Oliver.

Callahan se atragantó el *whiskey* que había tomado y comenzó a toser fuertemente. Sus ojos expresaban por primera vez en su vida algo, además de enojo. Se veía tan aterrorizado y sorprendido de verme aquí, como yo de verle.

—No sabía que conocías a Milán y a Eli —comentó Callahan rascándose el cuello.

—Sí... Eli es mi mejor amiga —murmuré jugando con mis manos.

—Oye, ¿ya se conocen ah? —rio Milán echándome el brazo y guiñándole un ojo a su esposa.

—Sip, Callahan me dio la bienvenida al campus. —sonreí falsamente.

—Llámame Oliver, Amara. Al parecer, nos estaremos viendo más a menudo ahora —dijo alzando su vaso de *whisky*, inclinando hacia mí.

## Capítulo 5

### AMARA

—Así que te llamas Amara Victoria —preguntó Oliver. Nos encontrábamos sentados frente a la piscina de la casa, con varios tragos de más y esquivando al gentío. Éramos nuestra única compañía.

—Si le prestaras atención a las cosas te hubieses enterado con mi resumé —murmuré tomando de mi vaso. Oliver solo sonrió mientras miraba a la luna.

—Solo trataba de conversar, Amara, pero me puedo ir —dijo tomando su trago, comenzando a pararse.

—¡No!... No te vayas, perdón. Es que no tuve un buen día y tú nunca me hablas, así que,

dame un segundo para procesar —lo miré suspirando.

—Tranquila, no me iba a ir. Solo quería ver tu reacción. —Rio levemente acercándose más a mí. Desde que había tomado varios tragos, su sentido del humor era un poco más llevadero. Sonreía, me hablaba sin hostilidad y me prestaba atención. Era como si otra persona se apoderara de su mente.

—Cuéntame más de ti, Amara. ¿Qué haces en Nueva York?

Suspiré soltando una carcajada sarcástica.

—No quieres saber de mí, Oliver. Te lo prometo.

—Te hice una pregunta, Amara. Yo no pregunto cosas que no quiero saber. Soy todo oídos. Saca todo lo que tienes en el pecho. —Su mano acarició la mía levemente, como si me pidiera permiso para aguantarla. Mi mirada se había posado ahí, Nuestras manos estaban casi rozándose. Oliver esperaba permiso para agarrarla. Asentí levemente con la cabeza, tomando el aire que necesitaba para contarle mi vida a un potencial extraño.

—Tengo un bachillerato en periodismo, pero me desenvolví como escritora. Me fui a la quiebra, hace casi un año, porque desde que murió mi abuela, mi vida se siente gris. —Suspiré. —. Ahora vivo en su casa, porque no me queda remedio. Estoy agradecida, pero esto no estaba en mis planes. Mis padres se divorciaron cuando tenía seis años. Mi padre y yo no nos hablamos. A mi mamá casi no la vi mientras crecía. Estoy enamorada del amor, pero me han roto el corazón tantas veces, que considero que eso nunca va a funcionar. Hoy corrí tanto, que los pulmones por poco me explotan y bueno, a veces pienso que eres medio patán. —Divagué con los ojos cerrados.

Hubo un silencio ensordecedor hasta que abrí los ojos. Oliver se aguantaba la risa, sus ojos grises se había achinado, pero nunca dejaron de mirarme.

—¿Así que, terminas de contarme tu vida y decides que es una buena idea llamarme patán? —cuestionó sonriéndome.

“¡Es que yo soy bruta!”.

Sentí un calentón llegar mis mejillas rápidamente. Miré hacia el lado tapándome la cara con la mano que aguantaba mi trago y gruñí.

—No era mi intención, te lo juro —dije riendo levemente.

—No te culpo, Amara. Soy medio patán cuando las cosas no salen a mi favor. —Su voz se cargaba con un tono risueño y un poco grave. Lo miré sonriendo y sacudí la cabeza.

—¿Dónde está este Oliver cuando estamos trabajando?

Su sonrisa flaqueó por un momento, y sus ojos vacilaron entre nuestras manos. Lo miré nerviosa pensando que lo había arruinado todo.

—No había llegado alguien que lo sacara a pasear —murmuró halándome hacia él, provocó

que cayera inclinada en su pecho.

Nuestras manos entrelazadas quedaron entre mis muslos, mientras que la que aguantaba su vaso la recostó en mi pecho, llevó su trago a sus labios, sonriéndome.

—¿Haces ejercicio a menudo? —pregunté sonrojándome. Oliver dio un sí en voz baja, su mirada todavía estaba fija en mí.

—Se nota. —Suspiré riendo.

Sus labios dejaron un suave beso en mi cabeza. Continuamos callados unos minutos más, mirando el agua quieta en la piscina y bebiendo de nuestros tragos. Poco a poco fui dejándome llevar. Me relajé en su pecho y cerré los ojos. En ese momento me prometí disfrutar lo que estaba pasando. Si el lunes actuaba como si no me conociera, sería culpa de él.

Él inició, todo lo que estaba pasando. Además, no hay nada malo con aprovechar el momento antes del revolú que probablemente venía en camino. Estoy casi segura de que esta escena quedaría tan perfecta en una historia, que me sacaría de la quiebra.

—Apaga tu mente. Está corriendo a millón y te está mintiendo —susurró tomando mi mejilla entre sus dedos para obligarme a mirarlo. Sonrió con un poco de tristeza dándome un beso en la frente.

Su mirada se había fijado en mis labios, inclinándose para besarme. Sus ojos me pedían permiso para besarme mientras se acercaba un poco más hacia mí. Acaricié su mejilla sonriendo. Nuestros labios se rozaron levemente a punto de besarnos.

“Ahora sí se te dio”, pensé aguantándome una pequeña risa.

—Amara Victoria, ¿dónde estás?

—¡Mierda! ¡Perdón! —gritó Eli corriendo hacia la casa.

Del susto, empujé levemente a Oliver, mirando hacia la casa. Oliver soltó un gruñido, dejando su cabeza caer para atrás y acomodándose para que no estuviese tan cerca de mí.

“¡La voy a matar!”.

# Capítulo 6

## AMARA

Pareciera que Zeus mismo había amanecido hoy con mercurio retrógrado incrustado en su parte trasera. Eran las seis de la mañana y ya me había levantado, no por decisión propia, sino por los truenos y relámpagos que caían cada cinco minutos. Ya que el Dios griego me había dado los buenos días de tan vil manera, decidí hacerme un buen desayuno, un café extra cargado y buscar en mi armario la ropa más cómoda para impartir clase posible.

Opté por unos pantalones con una tela que me acordaba a los pícnicos en la playa, una camisa blanca *oversized*, mis converse más viejos y amarré mi cabello en una cola alta. Dejé mi cara libre de maquillaje, ya que la aplicación del tiempo pronosticaba lluvia todo el día.

Tomé mi *totebag* de Harry Styles, organicé mis carpetas para hoy, verifiqué que mi *chapstick*, *lipgloss*, *handsanitizer*, dulces, un par de espejuelos, gotas, llaves de la oficina y dinero suelto, estuvieran allí. Debería conseguirme una cartera más organizada, pero la estética de mi *Brand* conlleva ser un caos estilizado.

Habían pasado cuarenta y ocho horas desde la situación con Oliver. Entre nuestras conversaciones en el trayecto hacia nuestros autos, me pidió mi número de teléfono, asegurando que solo me molestaría si realmente fuese necesario. Pensé que entablaríamos alguna conversación durante el fin de semana. La energía era completamente diferente desde la primera vez que nos vimos, y no puedo negar que Callahan es extremadamente mi tipo. Así que, no pude evitar ilusionarme un poco. Pero solo recibí un mensaje de buenas noches, junto a un espero que hayas llegado bien. No hubo respuesta luego de mi contestación. Eli y yo no hemos hablado del tema. Es como si la conversación, el casi beso y la interrupción nunca hubiesen ocurrido. Pareceríamos volver a la relación de compañeros de trabajos, conocidos y hasta enemigos.

Llegué más temprano de la usual a la universidad. Me estacioné cerca del Starbucks para poder ordenar otro café y un *croissant* de almendra de merienda. La lluvia no deseaba parar, cada gota que caía en el pavimento venía con furia. Como si todo el dolor del dios griego se estuviese expresando a través de ellos. El día estaba completamente gris, mi sombra había desaparecido por completo, imitando a mis esperanzas de un mensaje de Callahan.

Aún no había visto su automóvil pasar por el área, usualmente, los lunes a esta hora ya hubiese comprado su café de rutina y me hubiese dado una mirada fulminante mientras pasaba por mi lado. Tal vez las sábanas se le habían quedado pegadas y no quería saber de sus estudiantes. Francamente, aún no digiero el hecho de que sea uno de los catedráticos más importantes de esta Universidad y a la vez, haya estudiado para ingeniero con Milán. Claramente, el profesor es un genio entre la muchedumbre. Casi podría excusar el ego que se carga a diario y lo soberbio que llega a ser.

Luego de varios minutos de soñar despierta, lo vi acercándose. Oliver había decidido que hoy sería un excelente día para utilizar una *graphic tee* sin mangas con unos jeans negros rasgados y unos converse oscuros. Cargaba su *laptop* en la mano junto con papeles que asumo fueron escritos por sus estudiantes. Su cabello estaba recogido en una dona, y por segunda vez en mi presencia, estaba usando espejuelos para la universidad.

Mi corazón y mi mente, por primera vez en su vida, decidieron trabajar juntos y comenzaron a tener un pequeño baile de ansiedad. No era evitarme, estaba sentada en el medio del local. Mi mesa era la única con una silla disponible. Si decidiera ignorarme sería demasiado obvio que se

arrepiente de lo que ocurrió el sábado.

Su mirada irradiaba frialdad, tenía la mandíbula tensa, su ceño fruncido y agarraba su teléfono como si lo quisiera ahorcar.

“Yo podría funcionar como forma de liberar el estrés”, pensé.

Cuando por fin se enfocó en mí, arqueó un lado de su labio; eso fue lo más cercano que me había dado a una sonrisa. Mientras hacia la fila, flexionaba su espalda. Los estudiantes sabían que estábamos en presencia del profesor más importante de la institución. Sus murmullos hablaban de cómo lucía el profesor. Oliver rara vez utilizaba ropa casual para venir a clases. Algunos hablaban de que, seguramente, era usuario de esteroides, otros murmuraban de lo tonificado y lo fascinante que se veía en una *tank top* y mahones rasgados. Aun siendo pantalones anchos, los muslos se le marcaban por la ropa. Pase varios minutos mirándolo sin vergüenza. Su piel bronceada, sin ningún tipo de marca visible, me tentaba. Las pocas estrías visibles eran claramente por el exceso de ejercicio para mantenerse tan musculoso.

Cuando volví de mi despiste, Oliver se había sentado en la única silla que quedaba. Estiró los brazos, y su espalda. Dejo caer su laptop en la mesa y sonrió brevemente. Se removió los audífonos, colocándolos en su estuche original y tomó un sorbo de su café.

—¿Qué bebes? —pregunté tomando del mío.

—Lo mismo que tú, Amara Victoria —murmuró tornando su atención a los papeles que llevaba en la mano.

—Yo sé que es café, ¿pero de qué? Es café negro, café con sabor, café frío. Dame información. Déjame entrar en tu cabeza, Oliver Callahan —argumenté cruzando mis brazos frente a mi pecho.

—Augustus.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

—Mi segundo nombre, Amara Victoria. —Suspiró sonriendo satisfecho.

—Tienes el nombre más inglés de este mundo. Oliver Augustus Callahan. —Reí cubriéndome la boca.

Oliver sacudió la cabeza escondiendo una sonrisa y continué leyendo lo que sus estudiantes habían escrito.

—Mi padre es irlandés, mi madre es inglesa. No pueden evitarlo —dijo marcando con un bolígrafo rojo varios errores del alumno, refunfuñando en voz baja.

“Pobrecito, lo debe, está masacrando”.

—Explica lo patán y el hecho de que todos se mueren por ti. —Saqué mi *laptop* colocándola fuera de enfoque. Quería memorizar esta interacción con Oliver, por si acaso mañana se convertía en el hombre frío y calculador que conozco.

—No es por mi herencia, es porque soy un hombre interesante —se defendió virando los ojos—. Y contestando la pregunta anterior, es café negro, sin azúcar y con un *shot* de expreso.

¿Ya puedes leer mi futuro con eso?

—Fíjese, Augustus. Para poder leerle el futuro me debería invitar a cenar. —Aguanté un poco la risa, tomando lo último que quedaba de mi café.

—¿Me estás invitando a salir, Amara Victoria? —cuestionó de manera sarcástica—. Bueno, la recojo mañana en su casa. Envíeme su dirección. Ah, y ya está tarde para su clase —sonrió haciendo que me atragantara con el aire.

Solo asentí con la cabeza mientras recogía mis cosas. Oliver me regaló una sonrisa rápida mientras se volvía a colocar sus auriculares. A mi alrededor los alumnos susurraban sobre nuestra interacción, pero casi pasaban por desapercibidos. Callahan acababa de aceptar mi

propuesta, así como si estuviese interesado en mí. Imposible. Debería llamar a Eli, pedirle prestada algo de su guardarropa para citas. Conociéndolo a él, probablemente me deja plantada.

Entrando al salón me percaté de que aún faltaban diez minutos para entrar. Había corrido bajo la lluvia y mojado mi auto para terminar temprano. Este hombre me va a arruinar.

# Capítulo 7

## AMARA

—No voy a usar una pulsera que lleva tu nombre y el de Milán incrustados, Eliana. Se va a dar cuenta de que no tengo nada lujoso a mi nombre.

Llevaba dos horas tratando de elegir lo que utilizaría hoy para mi “cita” con Oliver. Ayer, cuando llegué de darle clases a los pequeños demonios, decidí tantear el terreno. Envié la localización de mi hogar, sin explicación alguna, rogándoles a los cielos, a Dios, a mi abuela y al universo que me ignorara como bolsa. Pero Callahan es un hombre de palabra.

## OLIVER

**OLIVER:** Te buscaré a las seis de la tarde. Te veo mañana, Amara Victoria.

El recuerdo de ese mensaje de texto, un minuto luego de enviar mi localización, aún me causaban mariposistas en el estómago. Unas que definitivamente, no deberían estar ahí.

—Amara Victoria Evans, Oliver no es un tipo del que se fija en cosas materiales. Sinceramente, no es un hombre que se fije mucho en nadie. Es la primera vez que Milán y yo lo vemos en una cita. Utiliza el brazalete y continua con tu día —argumentó Eli.

—No uses mi verdadero nombre, Eliana —dije pillando las mechas de mi media pollina hacia atrás para crear un efecto de diadema en mi pelo.

—No seas terca, Amara —gruñó.

—No lo soy, es que, Eli, es raro que él quiera salir con alguien como yo. Además, no tenemos nada en común. Una vez vea toda carga emocional que me persigue, va a salir corriendo. Oliver no está para pendejases —expliqué terminando de rizar mi cabello—. ¿Cómo me veo?

Eli sonrió tomándose una foto desprevenida que, según ella, iba a enviar a Milán como evidencia que sí me di un baño.

—Te ves hermosa, Amara. Oliver pasará el mejor cumpleaños de su vida.

—Él... ¿EL QUÉ? ¡Pendeja! Porque no me dijiste que era su cumpleaños. ¿Cómo voy a aceptar salir con el hoy? Probablemente, le arruine el día. ¡Eliana! —solté un quejido tirándole con el colchón decorativo de la cama. Eli se rio a carcajadas entregándome una pequeña caja envuelta y sonrió malvadamente.

—Primeramente, Oliver Callahan no celebra su cumpleaños en grande. No importa el día que caiga, ese fin de semana visita a sus padres. Hoy es martes, Amara, no tiene planes, así que si decidió pasar su cumpleaños contigo es por algo —tarareo, tomándome de la mano dándome una vuelta.

—Probablemente, me vio cara de que hace tiempo no hago el acto inmaculado y estoy ovulando —murmuré sentándome en la cama.

Eli entró en un mar de risas mientras trataba de recuperar el aire. Sonreí sutilmente viendo a mi mejor amiga tratar de calmarse. No era irregular que mis pensamientos se volvieran un poco turbios y sin filtro cuando estaba junto a ella. Total, mis secretos se los llevaría a la tumba.

—Toma —dijo sacando un cuadrado en forma de aluminio y colocándolo en mi mano—. No necesitamos más a Callahan’s o Evans’ en la casa.

—¡Oye! —Reí guardándolo en la cartera—. Esto puede servir para evitar un embarazo de alguno de mis alumnos, pero aquí el inmaculado acto no se hará hoy. Además, si Callahan de verdad tiene una espiga entre su trasero, como pienso que la tiene, probablemente tiene sus

propios condones o hasta una vasectomía.

Eli rio fuertemente, dejando caer su cabeza en mi estómago.

—Te la creo. Ese hombre nunca ha pasado un susto. A veces me pregunto si es infértil — confesó.

—Me tiene más pinta de que no cree en el amor, sabes.

Eli sonrió entristecida.

—Te tocará enseñarle que existe si de verdad. Aquí hay química, Amara. —Me dio un suave beso en la mejilla—. Yo mejor me voy. Ya mismo me toca hacer un bebé con Milán y son las cinco y media. Oliver estará llegando como en unos quince minutos. Buena suerte... —

Alcé una ceja cuestionando el comentario y poniéndome de pie para darle un abrazo.

—¿No me digas, Mr. Puntual llega a todos lados antes? —reí—. Gracias, Eli... Te llamo cuando regrese a casa.

Eli sonrió dándome una nalgada.

—¡Si llegas!

Tal como había mencionado mi mejor amiga, Oliver llegó quince minutos antes. Traía puesto un sweater negro con las mangas enrolladas hasta sus codos, unos pantalones de vestir y sus botas, todo del mismo color. En su cuello posaba una cadena dorada bastante lujosa, su mano izquierda portaba un Rolex que le hacía juego a su cadena, su cabello mojado estaba recogido en una cola bastante apretada, con pequeños rizos comenzando a aparecer en las puntas. La barba, que usualmente portaba medio alborotada, estaba estilizada, no tan pegada a su rostro, pero tampoco tan desordenada. El olor de la colonia que había utilizado perfumó cada rincón de mi casa cuando puso un pie en ella.

Oliver se veía tan bien, que tardé algunos minutos en registrar lo que me decía. Claramente causándole gusto al hecho de que me había dejado boquiabierta.

—Perdón, me distraje. ¿Qué decías? —murmuré sonrojada.

—Decía —sonrió medio pícaro—. Te ves hermosa con ese vestido negro y te traje esto — extendió la mano derecha con una pequeña sonrisa. Suspiré profundamente tomando el ramo de Lavandas, con alientos de bebé, y colas de liebres rosadas envueltas en un papel de estraza.

—Gracias, Oliver.

—Hice mi asignación y encontré que no te encantaban las flores, pero si la lavanda — Encogió los hombros y metió las manos en los bolsillos. Sus mejillas tomaron un tinte parecido a las colas de liebres en el ramo.

—Te asesoraron bien —comenté poniendo el ramo en un base—. A mí también me asesoraron y un pajarito me contó que alguien cumplía años hoy —le entregué la pequeña caja sonriendo.

“Si disimulo lo suficiente no sabrá nada.”, pensé.

Oliver protestó cubriendo su cara con su mano.

—¿Quién compró el regalo, Eliana o Milán?

Solté una pequeña risa caminando junto a él.

—Solo sé que es tu cumpleaños... Pero Eli me lo suministro, así que si no te gusta te regalo, te lo intercambio un beso en la mejilla.

Con una sonrisa juguetona, Oliver me ofreció su brazo e hizo que sus llaves tintinearan.

—Un beso no suena mal, pero tal vez luego. Nos tenemos que ir, mientras más rápido comamos, más rápido conozco mi futuro.

Pasamos la mayor parte del recorrido hacia el restaurante platicando sobre lo que habíamos hecho el día anterior. Oliver narró las hazañas de sus estudiantes de primer año, una dejó caer un

termómetro de mercurio al piso, otro intento invitar a salir a su compañero en medio de una discusión sobre el próximo trabajo y finalmente, le preguntaron al profesor por su rutina en el gimnasio. Mientras explicaba lo acontecido, no podía evitar quedar hipnotizada con su forma de hablar, aun sin mantener contacto visual conmigo su voz me mantenía magnetizada a él. No podía evitar sonreír cuando hablaba con tanta pasión sobre lo que hacía en el salón de clase y como la mayoría de sus alumnos sí tenían potencial, aunque a veces lo sacaban por el techo.

Los rumores en la Universidad nunca habían sido sobre Oliver siendo un mal profesor. Si no que, es difícil de descifrar. Las mismas profesoras habían admitido que muchas veces no entienden su forma de ser, pero que nunca les había faltado algo a sus estudiantes.

Cuando fue mi turno de hablar, le reclamé por haberme hecho creer que estaba tarde, luego le di un itinerario detallado de cómo aún andaba perdida en el espacio y había sugerido en clase hacer un poema sobre el clima. Su respuesta fue una pequeña carcajada y una media sonrisa.

—Llegamos —murmuró tomando la entrada con un rótulo que leía: “*Valet Parking*”. Trague nerviosamente, observando mi entorno. Oliver nos había llevado a una cena bastante fuera de mi quincena. Los predios del restaurante eran blancos, con pilares simulando sostener la estructura y algunos detalles en dorados. Frente a la acera no había ningún carro estacionado, y juzgando por la estructura del lugar, su estacionamiento no estaba cerca del perímetro. Todos los empleados estaban vestidos con trajes tradicionales entallados a la medina. Los que tenían barba la portaban bastante pegada a la cara y las mujeres tenían un maquillaje impecable.

Claramente, yo no era parte de este mundo. Uno de los chicos del *valet* me abrió la puerta del auto, mientras Oliver le entregaba las llaves de la camioneta. Mi cara delató lo nerviosa que me encontraba porque en pocos segundos mi cita se encontraría a mi lado, tomándome de la mano y guiándome hasta la puerta principal.

—Si te sientes incómoda nos podemos ir. —Susurró inclinando su cabeza, mirándome cautelosamente.

Por un segundo me sentí como un experimento científico, pero el pequeño apretón de mano calmó un poco mis ansiedades.

—Estoy bien —susurré—. Además, conociendo lo crítico que eres, es el mejor sitio para celebrar tu cumpleaños —dije riendo.

Él solo viró los ojos, halándome un poco más hacia su cuerpo. Nos dirigió al anfitrión del restaurante con agilidad.

—Reservación para Callahan —su voz sonó más profunda de lo usual. Casi como si intentara dominar a la situación.

—Señor Callahan, hace tiempo que no se aparece por aquí. Es un gusto verlo. Puede pasar a su mesa habitual. Estaremos con usted en breve. —El anfitrión sonrió con una sonrisa pícar.

Mientras caminábamos sentía los ojos de las personas sobre nosotros. Muchas miraban a Oliver sin prestarme una pizca de atención; no que la quisiera. Otros me lanzaban una mirada fría. Cuando nos fuimos a sentar, Oliver rozó levemente mi cintura, lanzándome una guiñada y empujando mi silla hacia la mesa con gracia.

—Tengo que admitir que el hecho de que todos estos hombres te estén mirando no me gusta para nada —murmuró tomando el vaso de agua.

Miré hacia el lado, aguantándome una pequeña sonrisa y suspiré.

—¿Celoso y no hemos empezado la cena, Callahan?

—No me gusta que miren lo que es mío, Victoria —mostró una sonrisa condescendiente mientras pasaba la mano por su barba y abría las piernas solo un poco. Apreté mis muslos tomando un sorbo de agua y dejé que mis brazos se recostaran en la mesa.

—Si tú lo dices —tararé tomando la carta utilizándola como escudo.

Estuvimos algunos minutos en silencio mientras analizaba el menú y lloraba internamente por los precios de los platos; que seguramente no me cabrían en una muela. Oliver aclaró su garganta, logrando volver a captar mi atención.

—Anoche conseguí uno de tus libros en la *web*. —Humedeció sus labios con la lengua—. Ordené el último por curiosidad y busqué tu biografía. —Sonrió—. ¿Cuándo pensabas admitir que eras más conocida de lo que decías? ¿Qué otros secretos me escondes?

Me quejé levemente, suspirando profundamente.

—Cállate, Oliver.

Él sonrió.

—Cuéntame de ti y de tu vida, soy todo oídos.

## Capítulo 8

Oliver aún no se explicaba cómo había terminado cenando con Amara el día de su cumpleaños. No podía negar que era una mujer extremadamente atractiva, desde el primer día en aquella caótica entrevista, le había captado la atención. Empezando por su cabello rojo, hasta sus ojos marrones oscuros que le hacían juego a su atuendo mayormente negro. Le impresionó más el hecho de que llevaba puesta una camisa con dibujos gráficos y, aun así, la hacía lucir extremadamente profesional.

Ella era todo lo que él desconocía. En su mente, Amara era tan intensa como el sol y tan brillante como una luna llena. Su forma de vestir expresaba cada una de sus emociones. Él querría correr, no porque no le gustara; de adolescente y joven universitario amaba estar vestido así y su grupo de amistades era tan intensos como ella. Francamente, tampoco era porque sus padres se le prohibieran el caos, sino que su enfoque era todo profesional.

Oliver había quedado perplejo. Ese día quería soltar su lado profesional, aprender más de ella, de sus miedos, su forma de ser, como tomaba el café, quiénes la trajeron a este mundo, por qué se pellizcaba el labio tan a menudo. Si hubiese estado un segundo más con ella en esa entrevista, la habría metido en una caja de cristal y llevado lejos.

Decidió que la relación iba a ser estrictamente profesional. Él no creía en el amor. No desde que su primer supuesto amor le rompiera el corazón. Él solo creía en lo profesional: su carrera, su negocio y si llegase a conocer una mujer lo suficientemente cuerda como para pensar igual que él, se casaría.

La noche que decidió buscar sobre Amara hizo una búsqueda en el Safari de su teléfono móvil, con la esperanza de conseguir alguna red social escondida o hasta su perfil de LinkedIn. Se tardó un poco en hacer las conexiones cuando aparecieron los resultados. La mujer de las fotos no era la misma que llegó a la universidad buscando trabajo. En su biografía salía una foto de hacía dos años, tenía el pelo largo, oscuro y con algunos tonos dorados. Sus ojos le brillaban de felicidad. Lo poco que se veía de su atuendo daba la impresión de que era básico, sin diseños ni bordados. Decidió entrar a la parte de imágenes de su buscador. Claramente, de la Amara anterior no quedaba casi rastro. Sintió una presión profunda en su pecho mientras la seguía analizando. Su cuerpo no tenía rastro de tatuajes, ni de la pequeña cicatriz que llevaba en la frente ahora. Tenía dos libros publicados en menos de dos años, según la información que encontró, uno que publico a mitad de bachillerato y otro un año luego de graduarse.

Decidió que necesitaba una copia de ambos. Si Amara se fuese a ir en algún punto de su vida, él tendría algo de ella para sostener junto a él.

Oliver sonrió mientras Amara le contaba entre suspiros que su vida era una larga historia. La pequeña mentira de que había ordenado un libro ayer paso sin ella darse cuenta. Llevaba una semana con ellos, pero ella no tendría que saberlo.

—Soy todo oídos —dijo él, acariciando su mano, tranquilizándola.

Amara dejó caer la pared invisible que cargaba. Había algo en Oliver, familiar y acogedor en estos momentos, algo que no pensó ocurriera si tomaba en consideración cómo él se había comportado con ella anteriormente. Cerró sus ojos buscando la voluntad para hablar. Pensaba en que, si la situación en la que estaba, no funcionaba para bien, podría usarla como inspiración para su próximo personaje o para nunca jamás volver a confiar a alguien.

—No me tienes que contar si no quieres, Amara. Pero, quiero que sepas que te voy a escuchar cuando lo necesites —le aseguró.

Los ojos de Amara se aguaron un poco, suspirando y soltó una pequeña risa mojada.

—Te voy a contar lo menos grave —dijo, mientras Oliver le limpiaba una lágrima que había logrado escapársele.

—Mis padres se divorciaron cuando yo tenía unos diez años, pero se separaron cuando tenía cinco. Soy la hermana mayor, mi hermanita y mi hermano son gemelos y les llevo cinco años. Apenas tienen veinte ahora. Mi padrecito decidió ponerme Amara por su amante, Mara. Así que, odio que utilicen eso como apodo. Mi abuela paterna murió mucho antes de yo nacer y mi abuela materna murió hace poco. Me dejó su casa aquí en el campo de Nueva York y decidí regresar porque no tenía un centavo a mi nombre en Londres —suspiró sonriendo con tristeza.

—Me encanta el café, pero eso ya lo sabías, a veces digo muchas malas palabras puertorriqueñas porque a mi padre eso lo enfurecía y estoy locamente enamorada del amor, por eso escribo tanto de él, pero no tengo suerte.

Ya Oliver había escuchado la mayoría de esto, por la noche en casa de su mejor amigo. Aun así, un sentido de culpa lo ahogaba. Ella merecía el amor que buscaba, del que tanto escribía en sus libros. Pero no podía pensar en dejarla ir, por lo menos por ahora. Tenía que ser egoísta, así fuese unos días más.

—Estaba pensando que voy a tener que buscarte otro nombre entonces, porque yo no te voy a llamar como los demás te llaman... —Oliver sonrió apretándole una mejilla de manera juguetona. Ella soltó un pequeño chillido y apartó su mano riendo.

Amara había sentido calma mientras le contaba parte de su vida. Como si el tiempo se detuviera y no tuviese miedo de salir herida. Nada de esas mariposas llenas de ansiedad que la hacían querer vomitar. El poco miedo que sintió, lo engavetó para otro día que fuese necesario.

—¿Y si mejor no ordenamos aún y me cuentas de ti? —preguntó sonrojada verificando el menú.

Oliver pensó en decirle que lo único que él quería no estaba en el menú, pero él era todo un caballero, y no estaban en el lugar correcto para poder enseñarle a lo que se refería, así que se contuvo.

—¿No te gusta que mi atención esté solamente en ti? —guiñó su ojo, llevando el vaso de agua a sus labios. Amara se sonrojó cubriéndose la cara.

—Yo quiero saber más de ti también, Oliver. ¿Eso no es lo que se hace en una cita? —cuestionó Amara.

—No recuerdo. Hace tiempo no conozco a alguien que valga la pena sacar a una cita— dijo él.

—Mentiroso, pero está bien, dejemos eso para horita. Creo que probaré el sushi, hace tiempo no lo como —mencionó Amara cerrando su menú y dirigiendo su atención hacia Oliver. Él se sonrojó asintiendo con la cabeza.

—Es buenísimo. Yo me iré por el *steak* y un vino para los dos, ¿sí?

Amara sonrió suavemente.

—Okay... pero, cuéntame, cumpleaños, ¿cómo fue su niñez?

Oliver respiró profundamente. Su niñez no fue mala. Tomó un poco de agua mientras sujetaba firmemente la mano de Amara. Le explicó con detalle sobre lo que vivió. Sus padres decidieron tener hijos comenzando sus treinta, se habían conocido desde la universidad, cuando su madre se graduó de un bachillerato en Ingeniería Química y su padre, en biología. Luego continuó su vida como médico. Se casaron. Disfrutaron como jóvenes y cuando se sintieron preparados, tuvieron a su primogénito, Oliver. El hermano mayor de tres. Tuvo dos hermanas más y nunca le hizo falta nada. Lo último que le contó fue que se dedicó en cuerpo y alma a sus estudios, pero que tuvo una

novia y que luego de dejarla no volvió a tener algo serio.

Lo que no le mencionó fue que no creía en el amor. Por lo menos, hasta el día de hoy. Dentro de su locura sentía que si podría intentarlo con ella, pero no quería romperle el corazón si no funcionaba.

Amara intento no asustarse. Oliver había tenido la familia que ella siempre quiso de niña. Las dudas comenzar a comerse su cabeza. Probablemente, chocarían a cada rato por esto. Su familia era completamente caótica. Nunca hubo uniformidad, ni mucha unión. La tensión era palpable, así que, terminaron el tema ahí.

Pasaron el resto de su cena hablando sobre libros, sobre sus amigos, Milán y Eliana, sobre la mejor parte de Londres. Mencionaron la ciudad de Nueva York y como la próxima cita sería de día para poder explorar. Al final de la noche, Oliver guio un poco más lento de lo normal. Amara lo percibió de inmediato y sonrió mirando por la ventana. Dieron las doce cuando Oliver estacionó su Range Rover frente a la casa de Amara.

—Son las doce... eres oficialmente un año más viejo, Callahan. —Amara sonrió. Todo su cuerpo estaba inclinado hacia el mientras le prestaba atención.

Una sonrisa juguetona se le asomó a Oliver acercándose un poco a Amara.

—Tienes razón, y aún estoy esperando un regalo que venga de ti —tarareó.

Amara abrió los ojos sonrojada.

—¿Ah sí? —cuestionó.

Sus ojos bajaron a los labios rosados de Oliver. Toda la cita había sentido las ganas de lanzarse a él y besarlo. Todo lo que hacía la invitaba a serlo, pero tenía que ser fuerte.

—Yo creo que tienes una idea de que darme —suspiró en voz baja. Amara sonrió. Usualmente, ella no sería la primera en iniciar el beso. Pero Oliver la estuvo tentando todo el día.

Sin pensarlo mucho, aguantó suavemente su rostro entre su quijada y la mejilla, se inclinó para besándolo con cautela, lento, dejando que las ganas que le tenían se traducirían. Él agarró las caderas de Amara con mucha fuerza, casi gimiendo ante el beso. Sonrió hipnotizado, despegándose para buscar aire.

—Era una taza de café, pero esto fue mejor —murmuró dándole un beso rápido en los labios.

—Te la puedo hacer —rio Amara limpiándole el brillo de sus labios.

—¡No me lo quites! —se quejó Oliver—. Me veo lindo.

Amara soltó una carcajada escondiendo su rostro en el hombro de su más reciente amorío. Oliver sonrió acariciando con suavidad su cintura debajo de la camisa.

—Me tengo que ir, sol —murmuró Oliver besándole la cabeza.

—¿Sol?

—Te dije que no te iba a llamar como los demás —le contestó Oliver levantando su rostro por la mejilla—. ¿Nos podemos ver mañana?

—Te puedes quedar conmigo... la cama es grande y tengo café puertorriqueño —le mencionó Amara en un tono juguetón.

Oliver aceptó sin problema. La diferencia de esta estancia en casa ajena a las otras que había tenido, era que no venía con la intención de una noche de lujuria. Si no qué, solo quería abrazarla y dormir junto a ella.

## Capítulo 9

OLIVER

Desde aquella cita con Amara, no había parado de pensar en ella. Mientras Amara dormía en mi pecho, juré que nunca me iría de su lado. Si me concentraba lo suficiente, podía sentir el olor a manzana y canela que siempre portaba. El miércoles, cuando nos levantamos, sus mejillas se tornaron rojas y trató de esconderse bajo las sábanas reclamando que no la mirara, ya que se iba a desmayar si insistía en desarroparla. Rebuscó en su armario, admitiendo que en algún lugar debía tener alguna camisa que me sirviera, aunque no fuese mi típico atuendo para ir a la universidad.

Me di un baño mientras ella seguía con su misión. Terminé con su olor incrustado en mi cabello y cuerpo, no quejaba, pero sí sería un pequeño inconveniente para otra parte de mí.

Por primera vez en un largo tiempo, dejaba que el sentimiento raro que sentía se apoderara de mí. La miré por veinte minutos antes de que se diera cuenta de que había regresado del baño. Utilizaba otra de sus famosas *graphic tees* con unos *slack* negros que combinaban con los míos, y unos zapatos Airforce rosas y violetas. Su cabello estaba cubierto por una gorra violeta y su *tote bag* estaba puesto en la mesa mientras ella bailaba y cantaba haciendo el desayuno.

En ese momento, contemplé que una vida junto a ella sería un sueño hecho realidad. Aclaré mi garganta cruzando mis brazos frente a mi pecho. Amara dio un salto casi dejando caer la cuchara que sostenía y se dio la vuelta.

Le sonreí de manera burlona ante su reacción. Ella recorrió mi cuerpo con la mirada y mordió ligeramente su labio. No llevaba la camisa puesta buscando provocar alguna reacción en ella.

—Oliver Augustus Callahan, ¿quién te dio el derecho? —murmuró agarrando una camisa y tirándola con fuerza. La capturé ligeramente sonriendo.

—Yo me lo doy solito —reí probándomela. Imaginé que sería una camisa gráfica, una que no la había visto usar aún.

Sonrió levemente entregándome una taza de café. Se puso de puntitas y me dio un beso ligero.

—Te ves bien en mi camisa, Callahan —dijo en voz baja.

—Se supone que esa sea mi línea, Evans —murmuré, tomándola por la cintura con mi mano libre.

Admití que esto podría ser un desastre y que si no me cuidaba me iba a enamorar... Amara Victoria Evans me tenía atrapado desde que la vi en aquel bar, pero ese secreto me lo llevaría a la tumba.

Ese fin de semana se me hizo difícil despegarme de ella. El viernes por la madrugada me dejó en el aeropuerto para ir a ver a mis padres. Traté de no bombardearla con mensajes mientras estuve con ellos, pero me di por vencido en menos de veinticuatro horas. Le envié un pequeño sol y una foto del día nublado en Washington.

Tuvimos una conversación sobre quedarme con su camisa o no, pero no volvimos a hablar más. Entendí que necesitaba su espacio, así que no insistí. Eso fue hace una semana y no la he vuelto a ver. La busqué en su oficina cuando llegué el lunes, pero parecía que no había estado allí desde el jueves. Pregunté en la facultad, pero nadie había sabido nada de ella, solo me lleve miradas raras por parte de mis colegas y alguno que otro cuestionamiento de porque la buscaba.

“Entrometidos”

Dejé que pasará un día más antes de escribirle a Eliana y Milán. No quería parecer un tipo obsesionado con ella. Milán solamente mencionó que cuando ella estuviese lista para hablar, me contactaría.

De esa conversación con mi mejor amigo, había pasado una semana. Las lecturas de sus clases las habían hecho de manera virtual, lo que me indicó que Amara seguía viva. Era irracional que estuviese enojado por esto, no éramos nada, pero necesitaba saber qué le había

ocurrido. Este pacto de silencio que llevaba me estaba enloqueciendo.

Me senté en la esquina del teatro mientras mis estudiantes llegaban al conversatorio de uno de mis colegas. Hablaría sobre los avances tecnológicos para combatir el calentamiento global. En otro momento, me hubiese interesado la conferencia, pero mi mente se enfocaba en aquella pelirroja que estaba tratando de abrir las compuertas de algo que pensé que no existía en mí.

Saqué mi teléfono para escribirle.

**SOL**

**Oliver: ¿Por lo menos me puedes decir si estás bien, Amara?**

**SOL: Sí.**

**Oliver: ¿Qué ocurrió mientras yo no estuve aquí, Sol?**

**SOL: Nada que te deba causar estrés. Estoy bien.**

**Oliver: No me mientas ¿Te puedo ir a ver?**

**SOL: No.**

**Oliver: Que mal, voy a ir a verte tan pronto termine aquí. Si no me abres te juro que hago que Milán lo haga por mí.**

No hay que ser genio para saber que Amara me dejó en visto. Pero yo no iba a parar de ir a verla. Esa mujer tendría que sacarme del pecho el pequeño corazón que me quedaba para que no me preocupara por ella.

La conferencia se alargó por lo que parecía una eternidad. Corrí hacia mi salón de clases, como si eso fuese a mover el tiempo. Aunque la clase de hoy era para mis chicos de primer año y, sería teóricamente fácil, parecía ser que no les habían enseñado nada en la escuela superior sobre la mitocondria y ni les habían explicado qué era el área central de la célula. Tampoco que su profesor iba a enviar a alguien al inframundo si no dejaban de hacer preguntas.

Salí media hora tarde. Antes de llegar a su casa; un camino que me memoricé en los tres días que no la dejé sola. Paré por unas flores sencillas, Milán me había advertido que no era una chica de flores, pero en lo poco que llevamos conociéndonos, pude formar la teoría de que, simplemente, nadie le había regalado unas que a ella le gustaran.

“Dice el menso que solo ha tenido una relación en toda su vida, pero que ha corrido con medio Inglaterra y UCLA”.

Además del ramo de flores, le busqué su orden favorita de Starbucks, que había, convenientemente, anotado en mi móvil. Me preparé mentalmente para lo peor; tal vez no quería saber nada de mí por alguna razón. Quien la puede culpar... sería su decisión al final del día. Tal vez Eliana y Milán le dijeron que yo no salgo en citas, que no soy nada romántico o que puede conseguirse a alguien mejor.

Toqué su puerta algunas seis veces antes de que me abriera. Sus ojos, que típicamente estaban iluminados como un rayito de sol, se habían opacado. No portaba la sonrisa juguetona de siempre, su cuerpo parecía que en cualquier momento se daría por vencido. Le temblaban las manos mientras evitaba mirarme a los ojos.

—Oliver —susurró mi nombre, con voz quebrantada.

En esos veinte segundos, mi corazón se había hecho pedazos y solo quería saber quién demonios logró llevarla a este punto.

—Sol..., ¿qué ocurrió? —murmuré abrasándola.

La sostuve tan cerca a mí como pude mientras nos alejábamos de la puerta. Estuvimos así unos minutos, en silencio. El único sonido era el de su respiración errática.

—Sol..., háblame, por favor... —susurré en su cabello.

—Oliver... No quiero. Por favor —sollozó apretando mi camisa aún más fuerte. Le dejé ir por

un segundo mientras ponía todo en la mesa del comedor y regresé a ella.

—¿Te puedo cargar? Nos vamos a la cama a dormir y luego hablamos, si estás lista... — pregunté, limpiando sus lágrimas con cuidado.

—No, yo peso demasiado —dijo entre lágrimas, se alejó de mí tomándome de la mano.

Rasqué mi barba intentando calmarme antes de halarla hacia mi pecho y pellizcar su barbilla, obligándola a mirarme.

—¿Quién te hizo pensar que pesas demasiado?, solo quiero un nombre para patearle el trasero —gruñí, mientras la cargaba en mis brazos hacia su habitación.

Nos quedamos dormidos del cansancio. Allí, soñé que conocía a la persona que había hecho sentir a Amara de esta manera y lo había torturado hasta que se ahogara en su propia sangre.

# Capítulo 10

## AMARA

El viernes había empezado como una película. Oliver se había quedado desde el martes en mi casa, solo regresó a la suya para buscar una mochila; ya había empacado, y traía la ropa que necesitaría hasta el viernes.

Cuando me desperté, Oliver aún seguía dormido en mi pecho. Cuidadosamente, tomé la libreta que estaba escondida bajo mi almohada y comencé a escribir. Durante estos días me había levantado en la madrugada con la inspiración suficiente para comenzar a escribir disparates, fragmentos o ideas. Por fin, luego de meses podía decir que veía la luz al final del túnel.

La noche anterior Oliver me había hablado de su única relación seria. Se conocieron en su primer año de universidad, ambos estudiando ciencias en Oxford. Paige era, según lo describía Oliver, la mujer perfecta en papel. Rubia, de ojos claros, inteligente, con aspiraciones, amante de formar una familia, sabía lo que quería. Estuvieron dos años juntos, hasta que Oliver decidió que no podría tener una relación. Su necesidad por superar sus expectativas y lograr sus metas académicas no le dejaba espacio para distracciones. Paige se enfureció, con todo el derecho en el mundo, y no volvió a saber de ella.

Sentí un apretujón en el pecho. Había una posibilidad de que yo saliera herida de todo esto.

No hablamos más de ella. En cambio, me pregunto si yo había tenido una relación seria.

Le conté sobre Fabián. La razón por la cual corrí a Londres, además del querer ser escritora. Tomó tiempo superar a ese espécimen del diablo. Me utilizó, me dijo fácil, me manipuló, me fastidiaba sobre mi peso, mientras me juraba que quería una familia conmigo. Con el tiempo me enteré de que era la otra.

Esa noche Oliver me abrazó un poco más fuerte que las anteriores y aunque ambos admitimos que no sería la mejor opción entablar algo serio, podríamos seguir aquí un rato más.

Oliver tenía problemas con el compromiso, y yo... yo aún tenía miedo a enamorarme.

Escribí todo lo que sentí hasta que los ojos se me cansaron. Volví a esconder la libreta y besé el cabello de Oliver sonriendo.

Nos fuimos de mi casa a las cinco de la mañana. Su vuelo salía a las ocho y teníamos media hora de carretera para poder desayunar. Oliver guio mientras yo era la princesa pasajera.

—Voy a poner mi *playlist*. Si no te gusta, no me importa —murmuré sonriendo.

—Amara Victoria, yo JAMÁS admitiría que no me gusta tu música en tu cara. —Rio Oliver tomándome de la mano.

Mi lista de reproducción era una mezcla entre varios artistas, géneros y sentimientos. Llegamos a un punto donde Oliver cuestionó mi salud mental. A lo que le admití, mientras comía mi sándwich de Mcdonalds, que fui internada en un psiquiátrico por una semana.

—Evans, eres la única persona que diría algo así, con una canción no muy PG13 tocando de fondo y la boca llena de comida —murmuró, acariciando mi mejilla y apretándola.

Cuando regresé a mi casa, me fui a uno de los balcones escondidos a continuar escribiendo.

Las horas pasaron, Eliana y Milán trajeron comida y me interrogaron sobre la cita.

Sentía los cachetes calientes mientras me reía abochornada cuando, de pronto, tocaron a la puerta.

—Vengo ahora, caras de lechugas. ¿Quién será a esta hora? —cuestioné abriendo la puerta.

“Muy mala decisión, Amara”.

En las películas, cuando ves a alguien que no deseas, el mundo para, creas un plan de escape en menos de cinco segundos y corres. La vida real no es así y me vi cara a cara con una de mis peores pesadillas: mi padre.

Estaba en mi puerta, el rostro que tanto me aterrorizaba era la versión masculina del mío. Arqueó una ceja mientras cruzaba los brazos. Su cara parecía helada y mientras más pasaba el tiempo más quería vomitar.

—¿No vas a dejar que pase? —argumentó, su tono de voz se volvió más frío desde la última vez que lo escuché.

—Tengo visita... ¿Podemos hablar luego? —susurré tornando mi mirada hacia mis amistades en el mueble. Aún no se habían percatado del hombre frente a mí.

—¡Me importa un carajo! —alzó su voz dando varios pasos hacia al frente. Su pecho casi rozaba con mi cara. Las manos me temblaban, mientras me agarraba de la puerta.

—Soy tu padre y me debes respeto Amara Victoria Evans. Y quién te dijo que el cabello rojo te favorece. Pareces una mujer fácil —dijo enojado, empujándome hacia el lado y entrando como Juan por su casa.

Eliana y Milán se levantaron del mueble susurrando el uno al otro. Milán me miró de manera simpática aguantando a Eliana del brazo y cubriendo su boca.

Mi mejor amiga aguantaba su furia mientras marchaba hacia donde mí. Nos abrazamos despidiéndonos mientras me susurró al oído que iría al Walgreens cerca de la casa para regresar tan pronto el diablo se fuera.

Todo pasó extremadamente lento, cada palabra que lanzaba era como una patada al estómago y una cuchilla al cuello a la vez.

Conté la palabra Gorda veinte veces, la frase bajar de peso unas diez. El que nadie me querría así, unas cinco, unas quince, es tu culpa. Me miraba con desprecio, me admitió que no querría volver a verme, pero que solo venía para que le diera dinero. Luego, entró en su tren de manipulación. Por culpa de mi madre él era así conmigo, mi madre le dio la espalda, mi hermana era una rebelde, mi hermano un patán. Todo era mi culpa por irme. Volvió a repetir que parecía una mujer fácil, pero con estilo de vestir de hombre.

Luego, agarró mis libros y los tiro al piso diciendo que no llegaría a ser nadie y que económicamente hubiese estado bien si le hubiese hecho caso. Agarrándome de la cara con fuerza, me dijo que si quería un trabajo en su compañía lo buscara, pero, que, de ser así, no pensara en volver a escribir.

Cuando se fue, mencionó cómo deseaba que yo nunca hubiese nacido. No recuerdo nada más hasta que me levanté el sábado por la tarde con dolor de cabeza y unas máquinas conectadas a mí.

Desde Fabián, no sabía lo que era desmayarme por culpa de un ataque de pánico. Mi teléfono se había quedado en mi casa y le hice jurar a las únicas dos personas de mi vida que no le dijeran ni pío a Oliver.

El diablo tenía razón, nadie me querría, así como soy.

Pasaron unos días antes de salir del hospital, debido a la contusión que me causó el piso. Milán me había comentado que quería decirle a Oliver que estaba viva, pero lo amenacé con quitarle a Eliana y le dije que yo le escribiría cuando me sintiera lista.

Pasó una semana. Cuando esos mensajes de texto llegaron, entré en pánico. Limpié la casa lo más que pude, pero todo estaba hecho un desastre. Me di un baño con los olores de lavanda y menta que Eliana me había traído para relajarme.

El único plus de todo esto fue poder escribir, pero ahora me toca explicarle a Oliver todo lo

que había sucedido.

Una parte ilógica de mi cerebro le rogaba a mis abuelas y el universo, que Oliver fuese un patán y que no llegara, o que le tocara dar más clase.

Pero mis deseos fueron ignorados por los dioses. Oliver llegó tan rápido como pudo y cuando lo vi en mi puerta, con flores y comida, me deshice. Toda la fuerza del mundo me contrajo por el pecho y me pasó el tren de Hogwarts por encima en cinco microsegundos.

El abrazo que me dio fue lo único que me mantuvo de pie. Después de varios intentos en hacerme hablar y muchos sollozos de mi parte, además de decirle que sería muy pesada para cargarme, me llevó hacia mi cuarto donde me quede dormida en su pecho.

## Capítulo 11

### AMARA

Me levanté con un dolor de cabeza punzante. Podría jurar que un camión de quinientas toneladas me había pasado por encima. Me sentía deshidratada, el cuerpo me pesaba y para variar, Oliver no estaba en la cama. En mi mesa de noche había un vaso con agua, unas Panadol, junto con una nota pegada en el vaso.

### FUI A BUSCAR ROPA A CASA; VUELVO PRONTO, SOL - Oliver xx

No pude evitar que una sonrisa vaga se apoderara de mis labios. Dentro de todo el espanto de los últimos días, el único arcoíris que se asomaba era uno llamado Oliver.

Pasaron algunos minutos hasta que decidí salir de la cama. La dejé hecha un reguero y me acosté en el piso. Esta era la forma más rara en la que podría calmar mis sentimientos y conectar con el mundo. Respiré profundamente dejando que el frío del piso se apoderara de resto de mi cuerpo. Si tuviese la elección, mis sentimientos siempre se mantendrían al margen.

Dentro de todo, me sentí orgullosa de no soltar una sola lágrima frente a mi padre. Ya eran años de haberme sentido inferior, de pensar que no era lo suficiente para él, de control, de baja

autoestima. Antes de que llegara Oliver, había terminado mi cita con mi psicólogo. Su único consejo, que sintiera todo y que dejara de encajonar mis sentimientos en una caja.

Querer ser feliz no tendría que ser mi única máscara. Debía trabajar en eso, pero comenzar era tan difícil como dejar de amar a mi padre.

—Amara, respira —sentí la mano de Oliver acariciar mi mejilla. La radiación de calor que emanó por mi cuerpo fue suficiente para jadear por aire. Abrí los ojos y me encontré con otro par mirándome con un sentimiento extraño, ¿ansiedad, miedo, dolor, preocupación? Oliver me devolvió una sonrisa triste.

—Vamos, Sol, arriba, que debemos hablar —suspiró suplicándome con la mirada. Asentí mientras me sentaba y limpiaba mis mejillas manchadas de lágrimas.

—¿Qué ocurrió mientras yo no estuve aquí? —murmuró sentándose junto a mí y tomándome de la mano.

—Oliver... —Suspiré tragando todo el aire posible antes de hablar. Podía sentir cómo mis hombros se sacudían y mi espalda sudaba frío. Solo dos personas, además de mi familia, sabían cómo era mi padre—. Yo no tengo la mejor relación con mi padre, bueno... es una relación casi inexistente. Llevo años sin verlo... el viernes, luego de dejarte en el aeropuerto, se apareció en la casa. —Oliver apretó mi mano con suavidad, asintiendo.

—Llegó a casa, hizo que Milán y Eliana se fueran y comenzó a gritarme. Me pidió dinero y luego se atrevió a decirme que nadie me iba a querer como soy —confesé. No quería mirarlo a los ojos. Había un miedo inexplicable en mi pecho a que él pensara lo mismo que el hombre que llegó a mi casa.

—También dijo que el color rojo en mi cabello me hacía ver fácil —murmuré, recostando mi cabeza en su hombro

Oliver se quedó callado algunos minutos, su cuerpo se sentía rígido, desde aquí podía ver como su pecho subía y baja de manera acelerada.

Tomó mi rostro delicadamente, jamás en los pocos meses que llevaba aquí pensé ver a Oliver roto. Sus ojos cristalinos estaban cubiertos por una capa de agua, sus mejillas y la punta de su nariz se habían tornado color rosa. Su cara tenía una mezcla rara entre enojo y tristeza.

—La próxima vez que eso ocurra me llamas. No me importa dónde este, Sol. Pero... Eso aún, no explica por qué terminaste en un hospital —cuestionó. Sus manos cálidas no me dejaban ir. Encogí los hombros.

—Cuando se fue, me dio un ataque de pánico y me desmayé —murmuré avergonzada.

Oliver suspiró besándome la frente y colocándose con facilidad entre sus piernas. Quitó la liga que tenía en su cabello para hacerme una cola al mío. Me abrazó escondiendo su rostro entre el hueco de mi cuello y el hombro.

Mi mirada se quedó estancada en sus tatuajes. Sus brazos forrados contaban una historia que, en algún momento, escucharía. Sus abrazos me trajeron tranquilidad, Una que duró solo segundos.

—Si en algún punto conozco a tu padre, voy a poner mis conocimientos químicos en uso y le voy a dar lo que se merece —sonrió besándome el cachete.

—Primero que todo, Oliver Augustus Callahan, usted no va a matar a nadie —él se burló, poniendo sus ojos en blanco y cruzando sus brazos.

—No sabes de lo que soy capaz, Amara Victoria Evans. Nadie tiene derecho a tratarte así y menos tu padre. Escúchame bien. Vales la pena. Eres más que suficiente, ¿me entiendes? No dejes que alguien con baja autoestima te dañe esa sonrisa y las ganas de ser tú.

Dejé que las lágrimas bajaran por mis mejillas con toda la autoridad del mundo. Asentí,

escondiéndome en su pecho. Me abrazó más fuerte, su cuerpo me protegía del exterior y de todo lo malo que me podría pasar en ese momento.

—Además, tu cabello rojo me da ganas de mantenerte atrapada en mi cama y no dejarte salir... Pero eso no lo tiene que saber él —murmuró besando mi cuello levemente. Suspiré, dejando que cada emoción recorriera mis venas.

—Oliver. —Mi voz sonaba ronca y no pude evitar imaginar qué tipo de cosas haría si me tuviera encerrada en su habitación, o tal vez en su oficina o en el trabajo.

—¿Te gusto la idea, Sol? —tarareó sonriendo—. Hoy no, hoy vamos a distraernos en el jacuzzi de mi casa y luego vamos a ver esas películas fresitas que tanto adoras.

—¡Oliver! —me quejé torciendo mi rostro para darle la mejor carita de inocencia posible.

Oliver chasqueó sonriendo y apretando mis mejillas.

—No me vas a convencer, cariño, hoy no. Otro día. Hoy solo quiero tenerte cerca y escuchar qué tiene que decir ese cerebro caótico que tienes. Quién sabe, tal vez te haga un MRI para estudiar por qué se comporta así —sonrió levantándose y ayudándome a ponerme de pie.

—Espera un segundo, Callahan, ¿entonces por qué tu notita decía que ibas a buscar ropa a tu casa, eh? No me mientas —crucé mis brazos y di golpes con mi pie contra el suelo, molesta porque mintió. Él sonrió y me dio un beso rápido en los labios.

—No te enojés, hermosa, solo fui a verificar que tuviésemos todo para hoy. Además, que mañana trabajamos y puede que me haya llevado tus cosas para allá —sonrió sujetando mi rostro—. No quiero que vuelvas a pasar algo como el viernes y que yo no esté cerca para ayudarte. Quédate conmigo, aunque sea solo hoy. Necesito saber que estás bien —aguanté la sonrisa que intentaba escapárseme.

—Solo por hoy, Callahan. Tengo muchas cosas que hacer... Mañana me regreso, ¿entendiste?

Él tarareó tomándose de la mano, haciéndome dar una vuelta.

—Veremos qué dices mañana, Sol.

¿Cómo rayos habíamos pasado de llorar en el piso de mi habitación a querer brincarle encima? Eso es un misterio que resolveré en terapia.

Le sonreí soltando su mano lentamente mientras le advertía que se quedara quieto. Le juré que el baño que iba a darme duraría algunos minutos y nos podríamos irnos.

Pero, cinco minutos terminaron en media hora. Tal vez el señorito había dicho que nada ocurriría, pero soy una mujer que tiene que estar preparada, ante todo.

Me afeité, exfolié mi cuerpo, lavé mi cabello, me cepillé los dientes, seguí mi rutina de cuidado de la piel, me embadurné de lociones y me peiné lo más rápido que pude, pero no fui lo suficientemente rápida. Oliver había ordenado mi habitación y tenía una mochila lista que prometía tener solo lo esencial para yo sobrevivir.

Cuando salió, había comprado los mismos productos para el cuidado de la piel que yo usaba en casa, un gel de baño y un cepillo de dientes, solo para que yo los tuviera en caso de que volviera a su hogar. Por la demostración que me estaba dando, parecía tener esperanzas de que nunca me fuera.

—Gracias —dije mientras lo besaba. Pasé mis manos suavemente por su cabello, tirando de él y sonriendo ante su gemido.

—Cuidado que no te quemes con fuego, princesa —murmuró tomándose de la mano.

“Eso mismo quiero, Callahan”.

# Capítulo 12

## AMARA

El que visite la casa de Oliver no pensaría que al principio él me odiaba. Es más, cualquiera pensaría que es un santo enviado por el mismo Dios para cuidar de los mortales. En las paredes negras de la sala, colgaban varias fotos de las que presumo son sus hermanas junto a él. La cocina era abierta con una barra en el centro y encima una vajilla con flores frescas. Todos sus utensilios eran de colores oscuros y, aunque parecía que podías comer de las encimeras, se notaba que este hombre sabía cocinar.

Oliver se apoyó en la pared que colindaba con unas escleras hacia el segundo piso. Tenía las manos dentro de los bolsillos de sus pantalones cortos. Parecería que estaba tratando de descifrar mi estado de ánimo

—Dime, Callahan, ¿allá arriba es que me vas a esposar y no dejarme ir? —Sonreí acercándome a él.

—¿Es eso algún tipo de fetiche tuyo, Sol? —sonrió con malicia, mientras tomaba mis manos y me acercaba a su pecho. Juré que podía sentir cómo su corazón latía más rápido debajo de mí.

—Pensé que nada de eso iba a suceder hoy —susurré, poniéndome de puntitas, dándole un beso en la mejilla.

Oliver tarareó sosteniéndome de la cintura, y me levantó como si yo no pesara nada. Grité mientras envolvía mis piernas alrededor de su torso y escondía mi rostro en el hueco de su cuello.

—¡Oliver, suéltame!

Rio entre dientes mientras subía las escaleras y sacudió la cabeza. De hecho, me dejó ir, lanzándome sobre su cama y dejándose caer junto a mí. Se volteó de costado, apoyando la cabeza en sus brazos. Pude ver cada tatuaje que decoraba sus brazos. Mi mano tenía vida propia y comenzó a trazar uno en particular, algunas mariposas ocultas entre todas las líneas y garabatos en los que no podía concentrarme. Su bíceps se contrajo ligeramente, lo cual causó una leve reprimenda por mi parte.

—¡Deja de moverte! —protesté, agarrando ligeramente su músculo.

—Me gusta cuando te molestas porque arrugas la nariz y haces esos sonidos adorables. Podría comerte entera —sonrió, pellizcando mis mejillas.

Gruñí, cubriendo mi rostro con las manos.

El sonido de su teléfono celular interrumpió el momento íntimo que estábamos compartiendo. Suspiró, rodó sobre sí mismo y tomó el teléfono para ver quién estaba perturbando nuestra paz. De repente, el aire de la habitación se volvió pesado. Pude sentir el ritmo de su respiración cambiar rápidamente. Carraspeó, diciéndome que volvería en unos minutos y que tomara la libertad de sentirme como en casa. Asentí, simplemente, sintiéndome un poco inquieta y egoísta, deseando tenerlo solo para mí. Escuché sus pesados pasos bajar las escaleras y una puerta que se abría y cerraba de golpe. Quienquiera que lo hubiera llamado no era alguien bueno, si esta era su reacción.

Ignoré la extraña sensación que crecía en mi estómago. Suspirando, me levanté y decidí hacer lo que mejor se me daba: curiosear. Por supuesto, no iba a revisar cada centímetro cuadrado de su habitación o sus cajones, pero iba a examinar todo lo que estuviera al alcance de mi mano.

Comencé por el cuarto de trono, mejor conocido como el baño. Estaba cubierto de azulejos negros con detalles de madera. Tenía un lavamanos con un espejo grande con un pequeño borde

dorado. Su ducha era de cristal, inclinada en el centro para que el agua corriera sin obstáculos, y tenía una cabeza de ducha negra tipo lluvia justo en el medio. Los cajones del gabinete que sostenía el lavamanos tenían dos lados, uno con lo que supuse eran sus productos para el cuidado de la piel y el otro, con lo que él había mencionado que era para mí. Salí del baño, sintiendo una felicidad inexplicable.

Su habitación era tan oscura como el resto de su casa. Tenía luces tenues por todas partes. En el centro se encontraba una cama *king* con dos lámparas verticales, una a cada lado. El vestidor estaba frente a la cama. Los espejos reflejaban mi cuerpo, los círculos oscuros alrededor de mis ojos y mi cabello desordenado, estaban justo frente a mí, las palabras que mi padre soltó aumentaban con cada segundo que pasaba frente al espejo.

Con la mano temblorosa, abrí las puertas del armario. Traté de ignorar las lágrimas amenazando con derramarse y continué rebuscando entre su ropa. Tenía una gran cantidad de zapatos: tenis, mocasines, zapatos puntiagudos, *Crocs*, sandalias, botas de esquí. Si no supiera que era científico e ingeniero, podría haber jurado que estaba en la mafia, pero eso solo ocurre en los libros.

Me reí entre dientes ante ese pensamiento y pasé los dedos por sus camisas de vestir. Mayormente, eran camisas oscuras de botones, seguidas de una variedad de pantalones colgados ordenadamente.

“Maniático”.

Me detuve en seco y jadeé. Al final del armario, colgando sola, estaba la camisa que le había regalado cuando se quedó en mi casa. Debajo de ella había bolsas de costosas tiendas de ropa y la mochila que había traído de mi casa. Corrí a comprobar si aún estaba afuera y volví para ver qué había comprado. Al principio, saqué algunas camisas nuevas que claramente parecían pertenecer a su guardarropa, pero después de la quinta, mi corazón no dejaba de acelerarse.

Había comprado algunas camisetas nuevas con diseños gráficos que eran de su talla. Mayormente, de colores oscuros, algunas tenían mariposas; otras, simplemente tenían un diseño de autos que parecía un póster de una película de *Rápidos y Furiosos*. Me reí entre dientes una vez más, mientras revisaba la última bolsa.

Permanecí allí sosteniendo el vinilo del último álbum de Harry Styles ¿Por qué lo habría comprado? Nunca lo he escuchado mencionar siquiera el nombre de Harry Styles, a menos que sea para interrogarme.

—Vaya, arruiné la sorpresa, Sol —dijo sonriendo. Salté asustada, cubriendo rápidamente mi boca para ocultar el chillido que se había escapado.

Se acercó a mí con determinación. La llamada debió haberle afectado, porque parecía haber envejecido en los pocos minutos que estuvo ausente. Sus manos sostuvieron mi rostro, llevando con sutileza mi frente a sus labios y suspirando satisfecho.

—Vamos a escuchar juntos esa música que tanto te gusta y después de eso, podemos comer pizza en pijama, ¿sí?

Sonreí, dándole un beso en la mejilla y asentí. Este hombre podría arruinarme, pero ha hecho mucho más por mí que la mayoría de los otros.

# Capítulo 13

## Amara

Todo lo que había ocurrido en estas últimas dos semanas me tenía cansada. Según Eliana, tenía un brillo en el rostro de amor 101. En realidad, era brillo de sudor por todas las actividades extracurriculares que habíamos hecho en los pasados días... en la cama, el sofá, su carro, el baño, la cocina... en su oficina; recibimos algunas miradas raras de su secretaria pero la ignoramos. Que piense lo que quiera.

Oliver y yo no nos habíamos separado ni un segundo, bueno, solo para usar el baño, pero si fuese por él, hubiese creado una pega para que yo no le soltara la mano.

Aun con las múltiples citas, los maratones de película y llegar juntos a todos lados, me estaba ocultando algo. En las noches salía hacia el patio para tomar una llamada. Sin fallar, llegaba drenado, casi sin ganas de hablar y terminábamos en una posición extraña sacando las frustraciones del día. Anoche no fue la excepción. Me levante con dolor en los muslos, pero mi cuerpo estaba lleno de satisfacción. Había un ligero olor a café y waffles en el aire. La puerta del cuarto estaba abierta y podía escuchar uno de los vinilos de Oliver. Cualquiera podría pensar que, por su estilo, amaría a Frank Sinatra, y lo hace, pero en ese momento estaba escuchando a Kendrick Lamar. Llevaba tanto tiempo con él, que podía imaginar cada expresión facial que hacía en ese momento. Sonreí al pensar que esta podría ser mi vida durante los próximos años y solo esperaba que nada la arruinara.

Tomé una ducha rápida, lavé mi cabello y usé el exfoliante corporal que Oliver había jurado que olía como yo antes de comprármelo. Aparentemente, huelo tropical y dulce al mismo tiempo con un poco de manzana y canela. Seguí mi rutina de cuidado de la piel, lavé mi boca y me cambié la camisa por otra de su colección de camisas negras, y unos pantalones que había lavado justo después del trabajo. Me senté en la cama, tomé mi cuaderno y continué con mi historia más reciente. Una historia de amor. En esta ocasión, era una princesa que conoce a su príncipe azul. Todo había sido más fácil desde que Oliver y yo comenzamos esta especie de relación. Mi creatividad fluía como el río Nilo. Pronto estaría de vuelta en el camino correcto y le enviaría un nuevo libro a mi agente. Tal vez volvería a Londres... quién sabe si Oliver querría seguirme por un tiempo. Podríamos hacer que las cosas funcionen, o tal vez ni siquiera me mudaría en absoluto.

—Bueno, Amelia y Flor, por favor ayúdenme a navegar esta especie de relación. No la quiero cagar —me dije a mí misma cerrando la libreta y colocándolo en mi *tote bag*.

Hoy regreso a casa luego de dos semanas viviendo de Oliver. Su hermana, Charlotte, llega mañana con su sobrina para pasar unas semanas junto a él. Así que aprovechamos los días que pudimos estar cien por ciento juntos.

Bajé las escaleras tan callada como pude, no quería interrumpir al hombre que andaba intentando rapear mientras hacía un desayuno antes de ir a impartir clases con cara de soberbio. Oliver me daba la espalda, utilizando la espátula como micrófono y haciendo movimientos raros con las manos. Lo grabé algunos segundos, guardando esta memoria en mi celular. Aclaré mi garganta, aplaudiendo lentamente.

—Señor, ¿a cuánto la taquilla para el concierto? —Me aguanté la risa, inclinándome sobre la encimera de la cocina.

Oliver soltó una carcajada mientras se acercaba a mí, sosteniendo en su mano un micrófono imaginario.

—Para ti, cariño, que te sientes en mi cara, te dará un asiento de primera fila —dijo en tono juguetón.

—¡Oliver Augustus Callahan, es demasiado malditamente temprano para esto! —grité, dándole un fuerte golpe en el pecho.

Él rio mientras sujetaba mi cintura debajo de la camisa y acariciaba ligeramente mis costados, acercándose más a su pecho.

—No me importaría tenerte para el desayuno en mi cocina en este momento, Sol —me susurró cerca del oído, su proximidad debilitó mis rodillas.

—¡Sorpresa! ¡Mierda, Oliver, por qué no me dijiste que tenías a alguien aquí! —grito una voz fuerte y resonante que asumí era la de su hermana. Escuché un pequeño chillido y una risita de niño desde la sala. Aparté a Oliver, tratando de recuperar el aliento, sonrojándome al ver a la versión femenina de Oliver frente a mí.

Oliver se rio y me atrajo hacia él, mientras apagaba la estufa.

—Hola, Charlotte, gracias por recordarme que venías un día antes —dijo con desdén, mientras se acercaba a la niña, la levantaba y llenaba su rostro de besos. Su sobrina se rio a carcajadas, abrazándolo y apoyando la cabeza en su hombro.

—Debes ser Amara, hola. Soy Charlotte, la hija del medio y la mejor de los tres. Esta es mi hija Venus —sonrió abrazándome fuerte. Me sonrojé abrazándola de vuelta, derritiéndome en su abrazo.

—¡Hola! Sí, soy yo. Y, claramente, tú también eres la más guapa. Tal vez te daría una oportunidad si Oliver no me la da. —Sonreí ampliamente, guiñándole un ojo. Charlotte se rio presumiéndole su victoria a Oliver, quien refunfuño y le mostró el dedo medio.

—Ni hablar, Amara, eres mía.

—Si sí, eso veremos —dije provocando a Oliver y saludando a Venus con la mano. Ella me sonrió, escapando del agarre de su tío para pararse a mi lado.

—¿Eres la novia de mi tío? —preguntó frunciendo la nariz, tratando de intimidarme. Me reí agachándome a su altura.

—Bueno, Venus, tu tío aún no me ha preguntado, pero quién sabe qué depara el futuro —le guiñé un ojo, manteniendo el tono juguetón.

Pude sentir cómo Oliver se atragantaba con el aire y se ruborizaba ante mi comentario. Carraspeó, volvió a cargar a Venus y le dijo que no fuera tan entrometida. Pasamos el resto de la corta mañana conociéndonos. Venus nunca se separó de su tío. Él la abrazaba fuerte contra su pecho y bailaba con ella mientras yo lavaba los platos antes de irnos a trabajar.

De camino al trabajo hablamos sobre su familia. August y Elizabeth tuvieron tres hijos, Oliver, el mayor; Charlotte, la del medio, y Edora quien nació cinco años luego que Oliver. Charlotte era dueña de una cadena de cafés. Se casó hace cinco años con su esposa y tuvieron a Venus hace tres por implantación In vitro. Edora se fue a estudiar diseño de moda y rara vez se ven en persona, pero se escriben todos los días. Oliver había sido el único que siempre sobresalió. Con veintiséis años, todo su potencial y un préstamo que le hizo su padre, logró abrir una compañía de construcción de ingeniería, mientras obtenía su grado en ciencias y se convertía en profesor.

Estudio en Estados Unidos para poder escapar de la rutina donde hizo amistad con Milán y su clan. Aparentemente, él conoció a su ex y fue quien lo ayudo mientras él vivió acá.

Sus padres lo apoyaron por completo, pero por sus trabajos casi no pudieron estar en la vida de ellos.

De su ex casi no mencionó nada, solo que tomaron caminos distintos y no volvió a saber de

ella. Quería seguir indagando, pero tenía un presentimiento de que no era el momento indicado. Le mencioné que Fabián me había vuelto a escribir, porque estaba por Nueva York y quería verme, pero lo había dejado en leído, porque no me importaba qué estuviese haciendo aquí. Lo vi incómodo por un momento, pero luego respiró hondo para calmarse, dijo que confiaba en mí y me dio un ligero beso en la parte posterior de mi mano.

A mitad de mi clase apareció con un café y un *croissant* de almendra. Toda mi clase quedó atónita, algunos susurraban y otros comentaban lo afortunada que era de estar con él, a pesar de que la mayoría pensaba que era atemorizador. Me dio un beso en la mejilla y murmuró que lo fuese a ver en sus horas de oficina.

Antes de irse, miro al resto de la clase de manera intimidante, y murmuró en voz baja cuan bochincheros eran todos. Continué explicando lo que vendría en el próximo examen, pero parecía que nadie se había recuperado de aquella escena. El rumor corrió por toda la facultad antes de volver hacia mí. Evite cada una de las preguntas de mis compañeros, diciendo que solo eran rumores tontos de los estudiantes.

Mientras esperaba por el inicio de las horas de oficina de Oliver, ordené un pequeño arreglo de flores para Venus que llegaría directamente a la casa y busqué su orden de Starbucks antes de pasar por su oficina. De la nada, aquel día medio caluroso de septiembre se había empezado a tornar nubloso. El cielo coqueteaba con la idea de dejar caer encima de nosotros, los simples mortales, todos los sentimientos que aguantaba.

Cuando llegué a su oficina, estaba desolada y la puerta no estaba cien por ciento cerrada. Probablemente, estaba aún reunido con una estudiante. Me apoyé contra la pared, esperando a que él terminara. Tomaba un sorbo de mi café, cuando escuché una voz femenina. Entrecerré los ojos, acercándome más para escuchar la conversación. Era claro que no era una estudiante, ya que hablaba de no haberlo visto desde la universidad.

Y entonces, lo oigo.

—Sol. Escúchame, te extraño. Yo sé que dije que no quería nada y deseaba enfocarme en mi carrera, pero piensa en como éramos. Fuimos imparables, tú lo sabes, yo lo sé y Milán lo reconoció. —Suspiro con voz quebrantada aquella voz.

“Quéééé... Sol... ¡Pero, ese es mi apodo!”, grité en mi interior.

Esperé a escuchar su respuesta. Mi corazón latía rápido, temblaba mientras apoyaba mi cabeza contra la pared.

—Paige, ya habíamos hablado de esto... —murmuró Oliver.

—Sol, yo aún te amo... Yo sé que tú también —suspiró Paige.

Con náuseas me acerqué a la puerta para presenciar lo que estaba sucediendo, cuando finalmente los vi, se estaban besando tiernamente. Oliver sostenía su cintura mientras ella lo tenía cerca, con las manos enredadas alrededor de su cuello.

Inhalé con sorpresa, dejé caer el vaso de café al suelo, casi tropezando con un banco que estaba cerca de la entrada. Corrí de aquel pasillo, dejando atrás cualquier rastro de control emocional, desesperada por alejarme de aquellas palabras que me dolían tanto.

Escuché a Oliver gritar mi nombre y tratando de pararme, pero estoy segura de que Paige lo mantuvo ocupado. No me llegó ni un solo mensaje de él por el resto del día.

## **OLIVER**

Aparté a Paige de un empujón cuando sentí sus labios en los míos. Furioso, limpié su brillo labial de mis labios. Fue entonces cuando escuché un jadeo. Corrí hacia la puerta lo más rápido que pude, pero Amara estaba lejos. En ese momento quería borrar todo rastro de Paige de mi vida.

—Que sea la primera y última vez que vuelvas por aquí, Paige. No te quiero, no quiero que me escribas ni que me hables. Te quise ayudar porque me dijiste que te sentías sola con el fallecimiento de tu madre. Pero no quiero saber más de ti —gruñí acercándome a ella.

—Sol...

—¡No me llames así! No tienes ninguna razón ni derecho a llamarme con el apodo de mi abuela. Tú decidiste dejarme e irte con mi “mejor amigo”. Tú arruinaste lo nuestro, Paige. Así que vete antes de que haga algo que me arrepienta —exclamé con voz potente, apartándome de ella y agarrando mis llaves. Tenía que arreglar esto. No podía perder la única cosa buena que podía suceder en mi vida.

—Para donde vas, ella corrió, Oliver. Como todos corren de ti. —Ella sonrió con malicia mientras se alejaba.

—No vas a arruinar al amor de mi vida, Paige. No si puedo evitarlo —susurré corriendo hacia mi carro y acelerando directamente a su casa.

# Capítulo 14

## OLIVER

No llegué a tiempo. Las flores que Amara le había regalado a Venus estaban escondidas en mi cuarto. Eliana había pasado a buscar la ropa que dejo en mi casa y me trajo cada una de las piezas de ropa que me robó. Milán me juró que me creía, él sabía lo que había ocurrido con Paige y reconoció que tal vez yo era un poco fuerte, pero jamás cambiaría a Amara por ella.

Eliana quería creermelo, pero su fidelidad era con su amiga. Dicha fidelidad que evitaba que me dijeran donde se encontraba. Eliana me dijo que me preparara para lo peor.

“Qué es peor que esto”, pensé.

Mi única distracción era Venus, pero hasta ella me la recordaba. Me obligó a poner el vinilo de Harry Styles para bailar con ella, escogió mi atuendo para las películas: la camisa gráfica que Amara me había prestado. Charlotte me prometió que todo iba a estar bien, pero cada rincón de la casa me traía un recuerdo distinto a ella.

El domingo, cuando Venus y Charlotte salieron con Eliana al spa, me tomé la última botella de coñac barato en mi lacena y terminé llenando su celular de mensajes de textos.

## SOL

**Oliver, te juro que no es lo que parece**

**Oliver: Sol... por favor. Al menos dime que estás bien.**

**Oliver: No me dejes así. Todo tiene una explicación.**

**Oliver: Amara, por lo que más quieras, ella no significa nada para mí. Tú eres mi SOL. No te cambiaría por nadie.**

**Oliver: Te tengo que explicar lo de sol en persona y demostrarte mi amor por ti...**

**Oliver: ¿Me bloqueaste?**

**Oliver: Creo que te amo...**

Mis mensajes fueron bloqueados. Fui bloqueado de su vida en menos de un fin de semana.

Todo lo que vivimos en tan poco tiempo me hizo reflexionar. Nunca nadie me había hecho sentir genuinamente tan feliz. Amara se había convertido en lo máspreciado en mi vida y, por primera vez, mi trabajo era secundario. Su rostro, su risa extremadamente estridente, la forma en que cierra los ojos y murmulla obscenidades cuando le gusta la comida. Todo en ella era lo único que yo quería el resto de mi vida. Pero, por no querer arruinar nuestra burbuja, enajenarla a las llamadas de Paige, es muy probable que nunca la vuelva a ver.

## AMARA

Un fin de semana podría matarte. Tan pronto llegué a casa de Eliana luego de aquella escena de terror, le conté todo. Aún recuerdo la cara de horror al verme, mi rostro lleno de lágrimas y mocos. Me quité la camisa de Oliver y la tiré a la basura. Lloré en sus brazos mientras me controlaba.

Milán se mantuvo callado, le advertí que si lo defendía el que iba a salir quemado iba a ser él. Levantó los brazos en señal de rendición y se fue a la otra habitación. Me mantuvo tranquila que me había prometido no decirle a Oliver que estaba con ellos. No podía enfrentarlo después de lo que vi y mucho menos que confíe a ciegas en él. Me dejé llevar del instinto idiota y de las ganas de tener a alguien conmigo. Aunque aún había una parte de mí que no quería aceptar lo que vi.

El sábado fuimos a recoger sus cosas a mi casa. Hice que Eli le llevara todo y trajera lo mío. Esa noche soñé que él regresaba a mí y me juraba que era todo un malentendido.

“Sí, claro”, pensé cuando me levanté.

Me encontré el domingo con Fabián antes de salir con Charlotte, Venus y Eliana. Pensé que podría despejarme con él. Tal vez un *quickie* en el baño para sacar cada frustración que llevaba por dentro, pero lo vi y quise correr de allí. Me ordenó un latte de matcha, una versión que, según él, era más saludable para mí. Habló solo sobre él por una hora y media y nos despedimos.

Oliver me hubiese dejado hablar mientras sonreía con cada locura que ocurría. Terminé en el Spa con la sobrina del, disque, amor de mi vida, la que iba a ser mi cuñada y mi mejor amiga. Eliana había hecho citas para todas hacernos una pedicura y manicura. Hablamos de mi próximo libro, y de mi viaje en diciembre de regreso a Londres, una vez sacaré el libro.

Venus insistió en tener las uñas hechas con los mismos diseños que yo.

Sonreí con tristeza. Esta niña se estaba robando mi corazón con sus ideas, y nunca la podré volver a ver.

Me miré en el espejo buscando a la Amara de antes. La exitosa, la feliz, la que no le importaba un pito. Ahora quedaba una extraña con cabello rojo, ojeras, ansiedad y ganas de desaparecer.

En un momento de locura, donde me escapé del grupo, le pregunté a la estilista de la esquina si había algún espacio para mí.

Amelia, la estilista, dijo con felicidad que alguien acababa de cancelar y que justo tenía el espacio para mí.

“Definitivamente, abuela está a mi lado”, pensé sentándome en su estación.

Le envié un mensaje al grupo de WhatsApp, y puse mi móvil en no molestar. El aire se me escapó de mis pulmones cuando vi que el chat de Oliver tenía varios números a su lado.

Entré a los ajustes y bloqueé su número sin pensarlo y sin leer lo que tenía que decir. Archive su nombre... no lo quería borrar, llegaría un día en el cual no me dolería lo que decía ahí.

Solté lágrimas que pensaba ya ni existían en el proceso. Si no hubiese sido por mi botella de agua de soporte emocional, me encontraría más deshidratada que el desierto Sahara.

Cuando las chicas entraron al salón, soltaron un grito y me abrazaron fuerte. Mi pelo largo ondulado ahora llegaba a los hombros. El color rojo, el fuego que tenía por dentro, ahora era sustituido por un marrón oscuro con *highlights* color caramelo.

—Cuando Oliver te vea se va a restregar por el piso —tarareó Eliana tomándome de los hombros.

—Olvídate de ese y ven conmigo. —coqueteó Charlotte riendo—. Aunque, te prometo que no es malo... sé que no quieres hablar de esto, pero yo conozco a mi hermano...

—Charlotte... yo sé lo que vi... Pero no vamos a hablar de eso. Vamos a comer, quiero llevar a Venus a la librería para regalarle mi libro favorito.

Venus aplaudió tomándome de la mano y corriendo hacia la puerta. Pasé todo el día junto a ellas. Oliver no se volvió a mencionar, pero una pequeña parte de mi quería saber qué pensaría de mi nuevo cambio. ¿Le gustaría? ¿Extrañaría mi cabello rojo? ¿Me ignoraría?

Cuando llegué de la pequeña excursión, había un ramo de flores puesto en mi balcón. Mi corazón decidió hacer mil volteretas mientras me acercaba a ellas. Solo para decepcionarme por la nota que leía: “Te veré la próxima vez, cariño, tu Fabián”.

## Capítulo 15

AMARA

El lunes me levanté a las 8 a.m. con la cabeza fría. La clase comenzaba a las 3 de la tarde, así que decidí hacerle una limpieza a mi hogar. Mis deseos de un cambio seguían corriendo a través de mis venas como veneno. Empecé por mi cuarto.

Lancé el viejo edredón y las sábanas en la lavadora, y saqué uno nuevo. Limpié cada centímetro del suelo, frotando cada partícula negativa lejos. Luego me duché, en el proceso, limpiando el baño, dejándolo impecable. Reorganicé mi armario lo mejor que pude, utilizando el sistema de ropa de Oliver. Saqué el conjunto de hoy, era un septiembre húmedo, así que elegí una falda corta con mis botas Doc Martens y una camisa de botones de Niall Horan que había adquirido en uno de sus conciertos, con una camiseta blanca debajo. Transferí mis pertenencias a una mochila negra de Versace que Milán y Eliana me habían regalado y continué limpiando las demás habitaciones.

Me tomó cuatro horas y media virar la casa al revés. Una vez bañada y perfumada, prendí unas velas rosadas en la sala frente a las fotos de mis abuelas y les tiré un beso.

—Me haré desayuno y me voy a conquistar al mundo... o tal vez le llevo a Oliver un café con sal... —Sonreí mientras negaba con la cabeza, divertida por mis propios pensamientos. Mis abuelas se habrían enfadado si arruinaba un buen café.

Luego de mi desayuno, tomé mi vaso lleno de café, apagué las velas y corrí hacia mi carro. La ansiedad de poder encontrarme a Oliver en el campus era agonizante. Hice todo lo posible por llegar cinco minutos antes de comenzar a mi salón.

Para sorpresa, Oliver estaba apoyado de la puerta, su cabello estaba sujetado por una cola mal hecha, sus ojeras estaban más pronunciadas que nunca, estaba pálido, sus ojos se habían consumido por la oscuridad. Suspiró tan pronto me vio entrar.

—Amara... —Mi nombre no sonaba igual cuando venía de su voz quebrantada.

Negué con la cabeza mientras me alejaba.

—Oliver. No. Aquí no —dije con firmeza mientras colocaba mis cosas en mi escritorio. Los poco estudiantes en el salón nos miraban con detenimiento, pero la muchedumbre no le hacía efecto al hombre frente a mí.

—Por favor, llevo esperándote todo el día. Cinco minutos y no te vuelvo a molestar... —Sus labios temblaban mientras se acercaba a mí, agarrando ligeramente mi codo.

Me giré, mientras me acercaba de lo que debería más a él. Traté de mantener mi compostura. El resto mis estudiantes no entrarían hasta cinco minutos luego de las tres y no quería que vieran este espectáculo.

Lo hale hacia afuera, escondiéndonos en una esquina del pasillo.

—No me importa. Oliver, por favor lárgate de mi salón.

—Sol...

—No te atrevas a llamarme así, Callahan. Ahórrate el apodito que te dio tu ex y aléjate de mi puta vida. —Me enfurecí y lo empujé con fuerza en el pecho—. Nunca te acerques a mí de nuevo, Oliver —le dije con determinación, mi voz se quebrantó mientras le rogaba al universo que ninguna lágrima saliera de mí.

Oliver jadeó, sujetándose firmemente por los brazos.

—Por favor, déjame explicar, Amara. Por favor, maldita sea, es solo un malentendido, te lo juro por mi abuela. Por favor, dame una oportunidad. —Mi mano agarró vida propia, casi golpeando su mejilla antes de que él atrapara mi muñeca y la bajara suavemente. Su mirada se volvió fría en un segundo y sus hombros se tensaron.

—No te atrevas a decir lo que iba a salir de tu boca. Ya, se acabó, eres igualito que todos. Igual a mi padre y Fabián. Tal vez hasta peor. Vete antes de que diga algo de lo que me

arrepienta.

La dinámica entre nosotros cambió en cuanto esas palabras salieron de mi boca. Compararlo con mi padre y mencionar mi ex relación complicada fue un error, pero ya no podía retractarme. La mirada de Oliver se volvió helada mientras retrocedía unos pasos y murmuraba un “está bien” en voz baja. Se marchó rápidamente y los demás estudiantes comenzaron a entrar rápidamente.

No fue hasta que me encontré sola en mi auto, que el peso de mis palabras se hizo evidente y me consumió. Sollocé en el *parking* mientras trataba de encontrar las palabras para pedirle perdón. Lo había comparado con el ser que, según él, desea prender en fuego. Me dirigí a casa de Eliana buscando refugio.

Cuando llegué allí, quedé congelada en mi lugar. Milán sostenía a Oliver fuertemente contra él. Su figura alta se encorvaba mientras su cabeza descansaba en el hombro de Milán. Todo su cuerpo temblaba violentamente. Cerca de ellos estaba el auto de Oliver, con las puertas abiertas de par en par. Desde donde estaba, pude ver una botella de Hennessy en el asiento del pasajero. También vi a Charlotte junto a su coche, entregándole a Venus a Eliana y acercándose a su hermano.

Corrí lo más rápido que pude hacia él, pero mi mejor amiga me detuvo en seco. Sacudió la cabeza en silencio con una mirada suplicante.

—No te acerques a él ahora mismo. Sé que no pensaste cuando dijiste que era como tu padre. Pero fue un golpe bajo... Él sabe en el fondo que fue algo del momento, ¿vale? Por favor, vete, él necesita tiempo. Iré a verte esta noche, te lo prometo —me dijo mi amiga en voz baja.

—Lo siento muchísimo, Eliana... Te juro que no. —Mis labios temblaron mientras el sabor salado de mis lágrimas se hacía presente. Cada parte de mí deseaba correr hacia él y suplicar su perdón. Pero no tenía oportunidad, al menos no en ese momento.

—Lo sé, cariño —murmuró besando mi frente.

Venus se despidió agitando la mano, le sonreí tristemente mientras me subía al coche. Sabía que él me había visto cuando sentí su mirada penetrante sobre mí. Mis ojos se encontraron unos llenos de furia antes de que él me ignorara fríamente. Esa fue la última vez que lo vi durante un tiempo.

# Capítulo 16

## AMARA

Había pasado un mes desde la última vez que me crucé con Oliver. En el poco tiempo que compartí con él, se me había olvidado por completo lo poderoso que era el patán. De la nada, cada profesor tenía un estacionamiento asignado dependiendo su departamento, el mío, coincidentemente, era al otro lado del campus, lejos de él. Era casi noviembre y ya había comenzado a nevar, así que las caminatas hacia mi oficina y salón de clase se hacían cada vez más tediosas.

Para añadirle más estrés al asunto, me había llegado la notificación de que mi contrato no sería renovado para el próximo semestre, aunque agradecieron por una excelente y ardua labor con mis estudiantes y mi departamento. Lo que significaba que, si no lograba terminar este libro en las próximas semanas, enviarlo y comenzar a generar más dinero, me quedaría sin empleo.

Eli me había comentado que él no estaba para nada bien, se la pasaba los días con Milán y Venus no paraba de preguntar por mí. Al contrario, los rumores en la facultad indicaban que andaba mejor que nunca. Aparentemente, a su lado tenía una rubia de ojos azules, hermosa y perfecta para su estilo.

Tomé asiento en la sala de conferencias donde teníamos una reunión obligatoria sobre la fiesta de Halloween de la facultad, a la cual no asistiría de ninguna manera. Aparentemente, la organizaba, nada menos, que Oliver Augustus Callahan, la persona más aburrida del campus.

Después de que todos tomaron asiento, Oliver entró luciendo tan alto y elegante como siempre. Su cabello lucía más rizado y corto. Había dejado que la poca barba que tenía se convirtiera en una barba completa. Lo que me sorprendió fue su forma de vestir, unos Jeans vaqueros anchos y rasgados, y una camisa blanca de Gucci, con el logo en colores, de talla grande que resaltaba sus bíceps. Era evidente que Oliver había estado desahogando sus frustraciones en el gimnasio. Casi sentí pena por las pesas que utilizaba, hasta que vi a la rubia coqueta susurrándole algo al oído. Su mirada se detuvo abruptamente en mí y le dio un rápido asentimiento antes de ignorarme de nuevo y comenzar a hablar sobre los planes.

En toda la reunión ignoró mi presencia. Además, aprovecharon que todos estaban allí para hablar de los planes para el semestre de primavera. Los que no estuvieron pendiente a la reunión, aprovecharon para hablar sobre Oliver y su único escándalo. La profesora de comunicación que ya no tendría empleo para el próximo año.

No pude evitar que mis ojos se llenaran de lágrimas al pensar en la idea de no estar presente en ese momento. Mis ideas sobre el futuro no se parecían en nada a lo que estaba sucediendo, y eso me devastaba. Me quedé rezagada en la parte trasera, suplicando que nadie me viera irme, pero al cerrar la puerta escuché el carraspeo de una garganta y todo mi cuerpo reaccionó antes de darme cuenta de que era él.

—La reunión no ha terminado, señorita Evans —dijo con firmeza, colocándose justo frente a mí.

La mujer rubia que lo acompañaba se mantuvo apartada, pero sus ojos estaban fijos en él.

—Oliver... No voy a ir a tu fiesta. Déjame ir a recoger mis cosas en mi oficina para poder irme, por favor.

Oliver soltó una risa oscura y sujetó mi brazo atrayéndome hacia él.

—En primer lugar, es profesor Callahan, señorita Evans. En segundo punto, es obligatorio, así que tendrás que ir, te guste o no. En tercer lugar —sonrió con malicia, acercándose a mi oído,

susurrando—, no puedo esperar a verte con un disfraz. Veamos si puedo tratarme como a cualquier otro hombre, o si gritarás mi nombre al final de la noche.

Apreté mis muslos con fuerza, tragando grueso. Sentí cómo el calor subía a mis mejillas mientras negaba con la cabeza.

—Eres un cretino, Callahan —argumenté, apartándome de él.

Asintió en acuerdo, caminando hacia la mujer que lo esperaba. Pasó sus brazos alrededor de sus hombros y le sonrió dulcemente.

—Lo siento por eso, Edora. Solo tenía que resolver algunas cosas con la señorita Evans, ¿verdad? —dijo lo suficientemente alto para que yo pudiera escuchar. Asentí, simplemente, sintiendo cómo mi sangre hervía.

“Cabron, bastardo, era su  *fucking*  hermana”, pensé de camino, hacia mi oficina.

De esa caminata regresó a mí una brillante idea. Fui al Starbucks del campus y ordené un latte sin azúcar. Luego, entre a la cafetería y le pedí a Lucy, una de las cajeras que me prestara su salero. Lo sacudí hasta que mis ancestros dijeron “basta” y supe que mis abuelas estarían decepcionadas de mí.

Toque la puerta antes de entrar, asegurándome que no pasara lo mismo de aquella vez. Para mi gran sorpresa, y gracias a todos los dioses, Callahan se encontraba solo.

—Señorita Evans, ¿A qué debo el placer? —preguntó sin tomar un segundo vistazo hacia mí.

—Traigo una ofrenda de paz... Lamento haber sido un idiota. —puse el café para llevar en su escritorio y esboqué la sonrisa tímida más falsa que tenía para ofrecer. Oliver decidido ignorar mi sonrisa falsa y lo tomó asintiendo

—Continúa, señorita Evans.

—Sé que lo que dije te lastimó... Realmente lo siento, Oliver. —mi voz temblaba—. Fue en el calor del momento. No eres nada comparado con ellos. Eso es todo. Sé que no podemos ser amigos, pero, por favor, ¿Podemos ser cordiales?

Él habló entre dientes, y se puso de pie.

—¿Realmente lo dices en serio, Amara? —dijo casi suspirando. Su mirada seguía siendo dura hacia mí, pero la forma en que sus labios pronunciaron mi nombre, con cuidado y deseo. Quería arrodillarme y suplicar su perdón.

Asentí, mordiendo mi labio. Lo miré, esperando un cambio en su mirada o que diera un sorbo a su café. Solo esperaba que creyera mis palabras, porque las decía con toda la verdad del mundo.

Le dio un sorbo a su café, arrugando instantáneamente la nariz, tosiendo ruidosamente. Sus ojos se volvieron fríos, reprendiéndome con un pequeño toque de diversión. Intenté huir, pero no tuve suerte.

En un instante, me acorraló, sosteniendo mis muñecas por encima de mi cabeza con una mano y agarrando mi cintura con la otra.

—Vas a pagar por esto, Amara. Te juro por Dios, si lo que dijiste no fue en serio, te haré suplicar por mi perdón —dijo en tono bajo, mientras su cuerpo se presionaba contra el mío, debilitándome las rodillas. Respondí con un gemido, sonriendo ante el hecho de que había logrado una reacción de él.

—Amara —me advirtió en tono serio.

—Juro que todo lo que dije era verdad. Lo siento mucho, Oliver. No por el café, eso fue una venganza por tratarme mal.

—Amara, déjame explicarte lo que pasó —suplicó presionando mi cabeza contra la suya.

Inhalé profundamente su aroma, memorizando cada rasgo de su rostro. Si esta era la última

vez que lo vería, tenía que valer la pena.

—No lo hagas, duele demasiado. No ahora, por favor. Solo... Maldición... haz algo con esta tensión y después olvidémonos de que existimos. Nos volvemos a ignorar y listo.

—Amara —gruñó, echando ligeramente la cabeza hacia atrás.

—Por favor —casi sollocé desesperada.

\*\*\*\*\*

Cuando salí ese día de la oficina de Oliver, había un caos interno evidente. No habíamos hablado desde entonces. Ahora era su fiesta de Halloween, a la cual estaba obligada a asistir. Afortunadamente, ya que él era el anfitrión, invitó a Eliana y a Milán. Eliana estaba embarazada, y aparentemente esto es parte de algún plan para que nosotros, como posibles padrinos, volvámos a hablar.

“Seguramente no saben qué hemos hecho más que eso”, pensé.

Miré mi disfraz de hada morada a través del espejo. Aún podía ver el contorno de algunos de los moratones y los arañazos que él me había dejado. Sonreí para mí misma, arreglando mi peluca y ajustando mi corsé. Unos minutos más tarde, Milán y Eliana salieron de su habitación vestidos como hada y gnomos. La nueva madre había decidido que haríamos un disfraz grupal, y así lo cumplimos, esperando no recibir ninguna maldición por su parte.

El trayecto hacia la casa de Oliver fue corto, ya que Milán vivía cerca. Me calmé acariciando mis muslos y respirando profundamente. Intenté bajar mi ansiedad mientras los recuerdos de la última noche que estuvimos aquí se agolpaban en mi mente.

—Si se vuelve demasiado difícil, avísame y nos iremos, ¿de acuerdo, madrina? —dijo Eliana estirando su mano para tomar la mía desde el frente.

Asentí, conteniendo algunas lágrimas.

—Sí, señora.

La casa estaba decorada con todos los elementos espeluznantes imaginables: tenía una máquina de niebla, bebidas y un área de karaoke para todos. Vi una mesa de dulces afuera y la mayoría de las mujeres se arremolinaban alrededor de Oliver. Él estaba vestido disfrazado de un Vaquero. Sus tatuajes estaban, completamente, expuestos. Usaba unos jeans pegados con una correa marrón oscura. La camisa que traía la llevaba abierta, dejando ver tinta nueva cubierta levemente por el plástico para cuidarla. Su pelo estaba recogido y escondido del mundo por su sombrero color negro oscuro. En ningún momento me miró, si había notado que lo miraba, me ignoro por completo.

El acto de frialdad me estaba desgastando y estaba comenzando a pensar que mi mejor opción era irme lo antes posible de Nueva York, incluso sin haber terminado el libro.

# Capítulo 17

## OLIVER

La vi en cuanto entró por la puerta. Mi cuerpo reaccionó instantáneamente a ella. Una oleada de escalofríos recorrió mis muslos y mi espalda, pero mi voluntad de adaptarme a sus necesidades era más fuerte. Ella quería que fuéramos extraños o enemigos, y eso tendría. Sabía que me había estado mirando desde que llegó, mi conjunto de vaquero, cortesía de mi hermana Edora, la había impactado momentáneamente. Sin embargo, su disfraz de hada morada me hizo desear esconderla en mi habitación y nunca dejarla ir.

Ella parecía perdida y fuera de lugar entre todos a nuestro alrededor. La última vez que realmente hablamos, noté que la luz en sus ojos se había apagado. Incluso cuando sonrió con victoria cuando tomé un sorbo de ese café horrible, no era ni la mitad de la chica que conocí. Se quedó en un rincón, dando pequeñas charlas con uno de los profesores de su departamento, mientras tomaba sorbos de su botella de agua. Su cabello morado falso actuaba como un escudo para protegerla del mundo exterior, tenía los brazos cruzados sobre el pecho. Se mantenía erguida, asintiendo ante lo que él decía, actuando como si lo estuviera escuchando, pero su mirada estaba fija en el sofá de mi sala.

Sonreí ligeramente, recordando el momento en el que bailamos allí. Después de eso, nos sentamos y hablamos sobre su libro. Ella me contó cómo su sueño era regresar a Londres por un tiempo y luego volver a Puerto Rico para descubrir más sobre sus abuelas. Su cabeza descansaba en mi regazo mientras la escuchaba hablar. En cada escenario, me imaginaba a mí mismo con ella. Tomándola de la mano, y con mi carrito lleno de sus fotografías. Todo era un sueño que se desmoronó en un segundo.

Mi enfoque volvió a Amara, quien se excusó de la conversación y cuidadosamente subió las escaleras hacia el segundo piso. Mi labio se inclinó hacia arriba, ella todavía me veía como su espacio seguro, podía sentirlo. Espere unos minutos antes de separarme del grupo y correr hacia ella. Me giré para tocar a la puerta del baño de invitados cuando una ráfaga de viento entró por el balcón. Amara estaba de pie, pasándose las manos por su pelo, el disfraz de Ada estaba casi todo en la silla... Había trozos de papel rotos en el piso y pude ver que sus hombros temblaban ligeramente.

—¿Amara, estás bien? —pregunté acercándome.

Limpió su cara sacudiendo sus manos con su traje.

—Sí, perdón. Solo un poco de ansiedad. Me puedo ir —dijo tratando de esquivarme.

La tomé del hombro con cautela y la halé hacia mi pecho.

—Ey, ¿qué paso, cariño? Estabas bien cuando te vi.

—Es solo que... —Suspiró, dejándose caer en la silla, cubriendo su rostro de mí—. Oliver, ya no puedo más... Yo... mierda.

Sus labios volvieron a temblar y su respiración empezó a volverse irregular. Me miró, el agotamiento evidente en cada rincón de su cuerpo. Ella intentó hablar de nuevo, pero yo negué con la cabeza. Mi corazón se contrajo al verla derrumbada, por mi culpa. Me arrodillé entre sus piernas, tomé sus manos y las acerqué a mi rostro.

—Respira, Amara, déjame explicarlo todo, por favor. Necesitamos hablar, los dos estamos en muy mal estado.

Ella soltó una risa amarga.

—No parece ser así —murmuró.

Suspiré, mirándola cansado. Realmente quería que esto terminara, solo quería tenerla de vuelta.

—Lo siento, puedes continuar —susurró. Limpié una lágrima que rozaba su mejilla y me puse de pie. Caminamos en silencio hasta mi cama y nos sentamos. La música sonaba desde aquí arriba, todo estaba tranquilo. Justo lo que necesitábamos. La observé durante un rato antes de hablar, memorizando cada centímetro de su cuerpo. Si esta era la última vez que estaría en la misma habitación que ella, no iba a hacerla llorar de nuevo.

—En primer lugar, quiero decir que lo siento mucho, Amara. Nunca fue mi intención lastimarte. Debería haberte contado lo que estaba sucediendo. Pensé que te estaría protegiendo, pero cometí un gran error. —Amara solo asintió, apretando suavemente mi muslo.

—Paige comenzó a llamarme la noche en que viniste aquí. Le expliqué varias veces que no quería tener nada que ver con ella. Le dije que estaba saliendo con alguien y que era feliz. Ella juró que solo necesitaba a alguien con quien hablar debido a la muerte de su madre. Nada más. Paige me llamaba todos los días para hablar. Al principio, era amistoso, pero luego ella... —mi voz se quebró

—Ella comenzó a llamarme Sol ese día... Te lo juro, Amara. Ella nunca me llamó así. Ese era el apodo que mi abuela me ponía, y le había contado una vez cómo solía llamarme de niño. Nunca usé ese nombre con ella y te juro que nunca te llamaría por un nombre que no haya salido de mí.

## **AMARA**

—Eso no explica por qué los vi besándose, Oliver. Te juro que te quiero creer.

Sentí un fuerte tirón en mi pecho. Mi cabeza daba vueltas ligeramente. Fue ella quien lo llamó todas las noches mientras estábamos aquí. ¿Por qué regresaría para arruinar algo tan precioso?

—Bueno, después de que ella me besó y yo la aparté, tú ya estabas cerca de tu coche —explicó, con ojos vidriosos. Su voz parecía tener un temblor inquietante—. Ella me detuvo antes de que pudiera alcanzarte. Le reclamé que ella fue quien decidió irse y le advertí que no dejaría que ella arruinara al amor de mi vida. Pero eso lo hice yo solito.

—Oliver —me quejé, apoyando la cabeza en su hombro. Me prometí a mí misma que no lloraría más.

Mi corazón pedía que lo perdonara. Después de todo, era a él a quien quería.

—Es cierto lo que ibas a decir. ¿Me amas? —Hubo un minuto de silencio. Un minuto tortuoso antes de que Oliver soltara una risa incrédula.

—Joder, Amara. Sé que suena intenso. Sé que es demasiado rápido, pero eres todo para mí. A mala hora llegaste a mi vida porque ahora no te quiero dejar ir.

—Oliver, yo también te amo, pero. Me tengo que ir —Mi voz se quebró y tomé aire tratando de recobrar mi cordura.

—No, maldición, Amara, no ahora. No cuando estamos empezando a estar bien... Haré cualquier cosa. Suplicaré, por favor, no te vayas. Todavía tengo tanto que dar.

—Tengo que volver a Londres. Tenemos que sanar, Oliver. Nos daremos un año y retomaremos esto, ¿de acuerdo? Si aún me amas, prométeme que nos encontraremos de nuevo

Él suspiró fuertemente, acunando mi rostro entre sus manos y dándome un tierno beso.

—Al menos, déjame saber cuándo termines tu libro... Estaré aquí, ¿de acuerdo? Te encontraré en cualquier parte del mundo, Sol —asentí, una risa entre lágrimas escapando de mi garganta.

—Y tú me prometes que me explicarás, por qué me llamas “sol”.

Me besó apasionadamente. Nos despedimos con la esperanza de que fuera la última vez.

Tenía un vuelo que tomar, un libro que terminar y mucho por sanar.

## Capítulo 18

### AMARA

Un año pasó como si nada. Mateo, el hijo de Eliana y Milán, había nacido hacía unos siete meses y aunque estuve en el parto, Oliver y yo no nos cruzamos caminos. El día que me fui de Nueva York, fue la última vez que me vi perdida. Regrese a un apartamento en la ciudad que Oliver me había prestado. Esa última noche juntos me juró que vendría por mí, que lo menos que podría hacer es cuidarle su apartamento.

Terminé mi libro entre cuatro paredes a nombre del amor de mi vida, visité a Charlotte y Venus algunas veces y Edora pasaba a verme de vez en cuando. Comencé de nuevo con mis terapias, bloqueé a mi padre de todos lados y mandé a buscar a mis hermanos por un mes para que pasaran más tiempo conmigo.

Decidí seguir dando clases por estos lares. Lo consideré como una forma de conectar en Oliver sin tener que estar junto a él. Nos llamábamos una vez al mes para saber cómo estábamos. Cada vez nos escuchábamos mejor y no cabía la menor duda que pelearía hasta con los mismos dioses griegos para que ese hombre no se fuese de mi lado. Una de esas noches le leí un fragmento de mi libro Lunas de Día. Específicamente la parte donde el protagonista le servía una taza de café con sal a su novia, porque no le estaba haciendo caso.

—Ugh, te juró que aún tengo PTSD por tu culpa, Amara. Por qué demonios hiciste eso —rio cuestionando mis formas misteriosas.

—Me odiabas, necesitaba hacerte reaccionar a algo —murmuré colocando mi libro en la mesa

de noche.

—Amara. Yo nunca te odie, amor. Eso jamás. Estaba furioso, sí, dolido tal vez. Pero odiarte nunca.

Las mariposas en mi estómago hicieron fiesta esa noche. Habíamos pasado, por tanto, para llegar aquí, que aún tenía miedo de que no fuésemos a funcionar jamás.

Me senté frente a la mesa designada con todos los ejemplares de mi libro. Milán, Eliana, Mateo, Charlotte, Venus y Edora tomaron asiento en la primera fila. Era la presentación de mi libro en Oxford y mis nervios estaban de punta.

Llegamos dos horas antes para verificar que todo estuviese perfecto. Edora escogió mi *outfit*, un vestido corto negro, con unos tacones anchos color rosado, un labial color neutro y el maquillaje sosegado.

Ella deslizó en mi muñeca una pulsera dorada con la palabra Sol grabada en una pequeña placa. Afirmó que Oliver me la había enviado y que había llegado antes que él.

La presentación continuó sin problemas. Los estudiantes habían quedado encantados con la historia de amor de Luna, quien había terminado soltera y en búsqueda de mejorar como persona. La fila estaba casi por culminar cuando una voz muy reconocida me rompió del trance.

—Digo que Nathan es un patán, pero se merece una segunda oportunidad. ¿Qué cree usted, señorita Evans?

Reí, levantándome bruscamente, saltando sobre él y envolviéndolo en un abrazo apretado.

—¡Oliver! —Su nombre sonaba dulce en mis labios. Aún tenía el cabello largo y barba, se veía más musculoso y llevaba una cadena sencilla alrededor del cuello. Utilizó una camiseta gráfica con unos pantalones holgados. Sonrió y besó mi frente, tomando mi mano.

—¿Estás lista para ponernos al día? —murmuró.

Asentí emocionada, despidiéndome con la mano de los demás y diciéndoles que volveríamos en unas horas a mi apartamento.

En el café, ambos pedimos unos *croissants* con café. Yo tarareaba sonriendo al ver lo bien que lucía Oliver frente a mí. Su amplia sonrisa, ojos brillantes y cabello largo eran algo que extrañaba ver.

—¿Por qué sonríes, Sol? —preguntó arqueando una ceja, sosteniendo mi mano suavemente.

—Por fin voy a saber por qué me llamas Sol y si soy el amor de tu vida —suspiré con satisfacción. Él rio a carcajadas, sacudiendo la cabeza.

—El nombre Sol proviene de mi hermosa abuela. Ella me dijo que me llamaba Sol porque le recordaba al astro rey. Solía decir que era brillante, intenso y siempre presente. Para mí eres así: brillante, intensa y presente. Por eso no conecté contigo cuando llegaste por primera vez. Me hiciste sentir como mi antiguo yo y tenía miedo de volver a ser así. Pero, tu atracción fue demasiado fuerte, Amara. Eres todo para mí —explicó. Sonreí y besé ligeramente el interior de su mano.

—Oliver, también eres todo para mí. Escribir ese libro me hizo darme cuenta de que eres lo que quiero. Aunque la protagonista decidiera estar bien sola, eres tú a quien quiero a mi lado. Aunque haya querido echar sal en tu café desde que te vi. —Él rio, mirándome sospechosamente.

—Sabes que me hice un tatuaje por ti —murmuró, moviendo las cejas juguetonamente. Grité sorprendida, dándole un golpe en la mano.

—Déjame verlo.

Él sonrió satisfecho, bajando el escote de su camisa y mostrando un pequeño sol tatuado en su pecho. El mismo lugar donde tenía un envoltorio de plástico en la fiesta de Halloween.

Sonreí, inclinándome y acariciando suavemente el tatuaje. Después de nuestra pequeña charla,

hablamos sobre nuestros planes. Le conté sobre mi intención de regresar a Nueva York. Extrañaba tenerlo a él y a mi mejor amiga cerca de mí. Él se mostró entusiasmado con la idea y me dijo que podríamos mudarnos juntos y no desperdiciar ni un segundo de nuestro tiempo juntos. Me habló de su rutina diaria: desde su casa hasta la oficina, dando clases y luego por la noche solía correr por mi vecindario, deseando que yo estuviera de vuelta. Era un perrito enamorado por completo, tal como me había advertido Charlotte.

Llegamos a mi apartamento antes que los demás. Entramos al balcón y me sentó en su falda, rodeándome con sus brazos y dejando besos en mi hombro. Observamos la puesta de sol sobre la ciudad, bebiendo nuestros vinos y disfrutando del momento que tanto habíamos esperado.

—Te amo, Oliver Augustus Callahan, incluso si bebes café con sal. —Oliver soltó una risita, pellizcando ligeramente mis costados.

—Yo te amo más, Sol, aquí y en la próxima vida.